

MERCEDES VALDIVIESO



LA
BRE
CHA

ZIG-ZAG

LA BRECHA

por Mercedes Valdivieso

¿Quién es Mercedes Valdivieso? Fernando Alegría —gran novelista, profesor de literatura en la Universidad de California y maestro de escritores en el Taller de "Los Diez", de la Universidad de Concepción— la define así en el prólogo, lleno de entusiasmo, para LA BRECHA: "Es una mujer joven, de espléndida belleza, arraigada en linajes de vieja estirpe chilena". Ella, a su vez, refiriéndose primeramente a su infancia, dice: "Nací el día del cumpleaños de mi padre. El primer tiempo lo ocupa enteramente su recuerdo. Años de sol, sol limpio en la ciudad de provincia, donde ejercía su carrera de médico. Mis hermanos y yo jugábamos sin problemas. Tenía siete años cuando conocí lo irreparable de la muerte. Se acabó mi padre y la vida dio un vuelco dentro y fuera de mí. La angustia comenzó a dormir conmigo en mi camita de niña". "Nos vinimos a Santiago —agrega después— y mamá ocupó el lugar de mi padre con firmeza y femineidad. La vida fue haciendo y deshaciendo. Pese a la decidida oposición de mi madre, se vendió el fundo. Fue como si mi padre volviera a morir. Más tarde, me casé. Tuve dos hijos". Son apenas breves rasgos, a través de los cuales Mercedes Valdivieso se presenta a sí misma.

Pero hay algo más esencial: su revelación como novelista, revelación auténtica, sorprendente. Antes de LA BRECHA, nada se conoce de la autora. No escribe artículos en revistas ni diarios. Tampoco cuentos que puedan servirle de ensayos iniciales. Únicamente, de pronto, esta novela ágil, trivial en apariencia, mas cargada de experiencia humana, y sobria en el lenguaje, directa, tajante, valerosa.

En cuanto al tema, sólo el drama de una mujer que fracasa en su matrimonio; pero, al mismo tiempo, una cabal observación de las gentes, de los hechos, de la realidad misma. El caso de esa mujer es el de cientos, tal vez miles de otros casos iguales o semejantes, y al leer la novela, cuyo personaje carece de nombre, brotarán de la mente del lector muchos nombres verdaderos.

Mercedes Valdivieso, a la cual Fernando Alegría encuentra paralelo, "por su descarnada franqueza y su sensualismo abierto y provocativo", con Gabriela Mistral, Delmira Agustini y Alfonsina Storni, se suma así a la magnífica serie de novelistas chilenas que al principiar el siglo se inicia con Mariana Cox-Stuven (Shade) e Inés Echeverría de Larrain (Iris), y que continúa hasta hoy con Marta Brunet, Magdalena Petit, María Luisa Bombal, Chela Reyes, Maité Allamand, María Carolina Geel, Marcela Paz, María Flora Yáñez, Luz de Viana y Margarita Aguirre.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

LA BRECHA

El personaje de esta novela no tiene nombre, pero podría ser el de cualquier mujer de nuestra generación.

“ME CASE como todo el mundo se casa. Ese mundo de las horas de almuerzo, del dedo en alto, guardián de la castidad de las niñas. Antes de los veinticinco años debía adquirir un hombre . . .”

El lector no alcanza a preguntarse quién ha escrito estas líneas: inconsciente, fascinado, movido por curiosidad que pudiera ser mórbida, lee apresuradamente la historia, sin permitirse pausas, viviéndola, palpándola, como espectador secreto de un hecho íntimo e inconfesable.

Terminada la lectura de La Brecha, nos quedamos pensando en la mano que esgrime tal poder narrativo. ¿Quién es Mercedes Valdivieso, que así maneja lo ficticio hasta darle el turbador sentido de una “confesión literaria”? No se me ocurre sino decir que la autora de este documento humano es una mujer joven, de espléndida belleza, arraigada en linajes de vieja estirpe chilena. La Brecha es su primer libro. Su nombre no está en revistas literarias ni en antologías de ésta u otra generación. Aparece de pronto, silenciosa, suavemente in-

segura, interrogando un poco con la luz ávida y sabia de sus ojos verdes, y entrega un sencillo testimonio de vida, vida intensa, apasionada, libre.

Nos preguntamos si la forma que ha escogido para narrar su historia constituye, en realidad, un estilo. Parece difícil creerlo. No se da una conjunción tan perfecta de tema y lenguaje sin la ventaja de un lento aprendizaje literario. La frase corta, directa, de explosiva carga sentimental que, sin embargo, nunca estalla, dejándose sentir tan sólo y quemarido desde adentro a través de un exterior limpio y nítido, es la frase que corresponde a un desahogo de dramática urgencia. No hay aquí lugar para la retórica. La experiencia íntima se ha encarnado en la palabra exacta. Los seres que rodean a la narradora, seres comprometidos por la pasión, el odio, la soledad, la entrega generosa o equivocada, viven en el marco preciso de una fórmula repetida incansablemente como en los actos de hechicería. Ellos representan la imagen que dejaron en la bella mujer solitaria como un corazón grabado en la corteza de un árbol. Así vivieron ellos en ella, así les retrata; luego, un poco inmóviles, casi inmutables.

¿Es posible que no haya un desarrollo psicológico en estos personajes enredados por la pasión? No lo tienen, en verdad, los seres que retratamos al umbral mismo del drama que nos unió a ellos o nos separó de ellos. Tendrán mayores dimensiones

para el testigo imparcial o la adquirirán más tarde aún para nosotros, cuando hayan perdido la máscara que les dio nuestro amor o nuestro odio. Mientras revivimos la angustia, la felicidad, la desesperanza, la sabiduría que nos dieron, ellos poseen un solo rostro fijo y nos hablan con una sola voz: el rostro y la voz con que nos fascinaron o nos dañaron.

Mercedes Valdivieso deja en su novela hombres y cosas en que descubrió una forma de vivir, una forma que rechaza y de la cual se aleja al cerrar un período de su existencia. Se vislumbra en ella, entonces, la voluntad de descubrir su propio estilo de vida y de forjarlo con libertad, con vigor, con valentía. De ahí que su historia no tenga fin. Seguirá moviéndose entre seres reales y sombras de seres, buscando su camino. Resulta difícil predecir qué rumbo ha de tomar esa vida y por qué cauce de la novela buscará salida. Desde luego, no parece que va a perderse en la mórbida angustia de cierta literatura erróneamente llamada "juven"; literatura precoz en su conocimiento de la vejez y la decadencia, y sabia en su dominio de técnicas rebuscadas. Mercedes Valdivieso va, más bien, por una ruta de mayor claridad y dinamismo. Sin rehuir la sutileza de la emoción, por el contrario, lírica en su modo sobrio, firme, hondo, su obra viene a hermanarse con la de una nueva generación de admirables novelistas chilenas. Estas mujeres

llegan a nuestra literatura con un mensaje que, en su descarnada franqueza, en su sensualismo abierto y provocativo, no tiene paralelo sino en la obra de las grandes poetisas de principios de siglo: de la Mistral, la Agustini y la Storni. Sus novelas poseen la fuerza del testimonio verídico y la fina elaboración del texto poético.

Mercedes Valdivieso agrega su nombre a los ya consagrados de María Luisa Bombal, María Carolina Geel y Margarita Aguirre. Su aporte es de inquestionable originalidad y alcanzará, sin ninguna duda, resonancia amplia y duradera.

FERNANDO ALEGRIA.

I

ME CASE como todo el mundo se casa. Ese mundo de las horas de almuerzo, del dedo en alto, guardián de la castidad de las niñas. Antes de los veinticinco años debía adquirir un hombre —*sine qua non*— que velara por mí, me vistiera, fuera ambicioso y del que se esperara, al cabo de cierto tiempo, una buena posición: la mejor posible.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que un marido era absolutamente indispensable. Yo tenía diecinueve años, voluntad firme, pasión, belleza; un parecido físico extraordinario con mi padre, muerto hacía mucho tiempo; exuberante, de una gran sensualidad.

—Cuando crezca, nos iremos a Europa solos; no existirá mozalbeta capaz de usted —me decía él.

Pero se acabó. Verano, sol, y se acabó: invierno. El negro del vestidito de luto se extendió, creció y lo cubrió todo. Tras los baúles, los cuadros amontonados, las ollas vacías, apareció la figura

de la abuela materna; no más bolitas, soldados de plomo, patines. Su voz resonó siempre obscura:

—Eres mujer y aprenderás a zurcir y a estar quieta; nadie querrá que a los diez días de casada te devuelvan por inútil.

Los interminables momentos después del colegio con un calcetín en la mano y el duro rostro enfrente.

—¿Puedo ir a jugar con Andrés?

—¿A la calle, comò un muchacho? El puede hacerlo; tú eres diferente. ¡Cómo te pareces a tu padre!

(“¿Cuál será la diferencia? ¿Por qué no se morirá? El era tan fuerte, tan divertido, y ella es vieja y me odia. Cuando sea grande no tomaré jamás un calcetín.”)

Mamá llegaba tarde, cansada; se sentaba frente a nosotros, ausente. Había adelgazado mucho. Andrés corría a su lado.

—¿Están bien?

La abuela advertía:

—No pueden molestar a su madre, trabaja mucho; nadie compra o arrienda casas a la primera. Eduardo, tu padre —mirándome especialmente— no dejó dinero. . .

El noventa por ciento de la frase cayó sobre mí.

—¡Dios mío! Si se acabara, también, ¿qué haríamos?

Andrés parecía tan débil, necesitaba demasiado de ella; me dolía el pecho de angustia.

Pasaba el año. Frío, calor. Mis primas se hacían vestidos de playa y campo. ¡Playa y campo! En el inmenso *hall* de la casa de mi abuela paterna conversaban de muchachos, de fiestas, de amigas que no querían. Junto a sus dieciocho y veinte años, mis piernas, de nueve, deseaban alargarse. Agradable casa aquella: olor a pan tostado en el repostero a la hora del té, huevos en el gallinero, queso del fundo; la voz de César, el chofer, en el cuarto de Fresia, la empleada del comedor, y el esperado paseo con mi abuelita en auto, a veces, por las tardes.

Nos despedía desde el coche, frente a nuestra puerta. Ambas viejas señoras se rechazaban fuertemente. Rica, segura, mundana una; empobrecida, amargada la otra. Ambas rezaban a Dios. Jesús me veía coser calcetines en mi casa y robar caramelos en la otra.

(Asomarse al tiempo como a un túnel; se agolpan los rostros, se aprietan los momentos, se condensa la masa del recuerdo. Tan difícil, tanto dolor. ¿Qué camino tomar para soltar la verdad? Angustia, soledad, rebelión. ¿Es absurdo taladrar?)

—¡Qué hermosa es usted! ¡No tiene problemas!

Se ven caras, no corazones. . . .

Toda esa época de los últimos años de cole-

gio, aprontándome para salir a la vida, bullendo ya en ella.

Mamá pesaba con autoridad sobre mis arrebatos de libertad, limitándola con firmeza. Me defendía furiosamente. Los veintiún años —pertenecerme— me parecían tan lejanos como la luna. Comencé, entonces, a pensar en solucionar el problema.

Momentos oscuros de la adolescencia, de sueños sobresaltados. De la atmósfera pía de las monjas, a casa, sin complicaciones religiosas, más bien laica. Mamá, a veces, nos acompañaba a misa y punto. Hasta ahí llegaba su cristianismo. Solía tener frases precisas para referirse a la gente:

—No puede ser bueno, es beato.

Después añadía riendo:

—Por cierto que no se creen beatos, sino creyentes, observantes.

Los despreciaba.

Pero yo era mujer y debía estar entre niñas de mi clase. Los liceos le producían cierto pavor. Jamás se conformó de haber aceptado —por razones económicas— uno de ellos para mí. Murió mi abuela y nuestro nivel de vida mejoró, no demasiado —los herederos eran muchos, siempre en pugna—, y así fui a dar a uno de esos exclusivos colegios de monjas.

Al término de las humanidades, el bachillera-

to y luego un espacio de tiempo sin forma definida, antesala al matrimonio.

Un día, acompañando a su prima, llegó a casa Gastón, todo un joven y promisorio abogado. Sabía por mi amiga que había obtenido durante todos sus años de Universidad las calificaciones más altas.

Me miró como deben abrirse los ojos en la luna: atónito. Desde ese momento todo tenía que precipitarse porque la perspectiva de salir de casa me parecía de posibilidades ilimitadas. Bajé la cabeza, me tiré por la ventana, sin pensar que junto a ella estaba la puerta por abrirse.

Ciega entre ciegos.

¿Quién podía dar un consejo y lograr que yo lo escuchara?

Porque intuía que ese mundo que me rodeaba no merecía crédito.

* * *

Ya marido y mujer. Ofició un arzobispo revestido y solemne; la gente en la iglesia, de pie. El sermón servía de fondo a mis pensamientos: "Esta es la única vez, si no enviudo, que puedo casarme religiosamente. Pero nunca más intacta".

Saludar después de la función mil rostros curiosos con una leve sonrisa y partir al colegio, a la visita de bodas. Luego la fotografía de novia, la misma que permanece igual en cualquier sitio. Y

vestirse en la noche antes de viajar para la "luna de miel".

Partí virgen. Contrariamente a los cuchicheos de la hora del recreo en el colegio o después en el salón, no tuve molestias. Tras un ligero dolor, un atisbo de placer, el primero, *in crescendo*.

Hacía un tiempo, estando yo de novia, una de mis primas hizo volver los ojos a su hija mientras cambiaba los pañales al niño menor. Recuerdo que me estremecí de ira y se lo reproché en voz baja. Me miró y sus pupilas tenían mil años de espanto, de superstición. El miedo representado por el sexo y transmitido como el pecado original desde antes de nacer. Sexo, demonio, ¿por qué?

Aquella parienta de mi marido, exclamando con los ojos cerrados en su noche de bodas: "¡Señor, por mis pecados lo ofrezco!"

En la escala ascendente del placer resonó como una nota en falso aquella frase que mi marido repetiría durante años, gimiente y triunfal:

—¡Mía! ¡Eres mía!

La débil posesión a través del sexo.

Durante esa primera noche corrió el tren hacia el Sur. Rendidos con la fatiga de aquel largo día, estábamos caídos sobre las sábanas. De vez en cuando, al cruzar una estación a menor velocidad, entraba por la ventanilla la luz amarilla de los faroles moribundos en los andenes. Después, verde, azul, oro: árboles, cielo, sol.

El agua de los lagos era tibia. Nadábamos hasta muy adentro.

—¡Te gané, ya estás cansada!

Yo apretaba los dientes y volvía hacia la orilla. Jamás aceptaría supremacía de ninguna clase. La competencia surgía como un duende con las manos escondidas en la espalda. En los años que vendrían las iría mostrando poco a poco. Entre los dedos, dados marcados.

Escape a la realidad. Magníficos hoteles, comidas, grandes propinas, y no éramos ricos, por supuesto. Una tarde formamos grupo con otra mesa vecina. Buena orquesta, pastos sin una arruga cercando la pista negra. Bailé con un muchacho alto, que me gustó por su agilidad. Después de movernos disparatadamente un rato, pegó su cuerpo al mío con avidez. Conservé las apariencias manteniendo aparte la cabeza. Sentía dos ojos maritales sobre mí y resultaba divertido. La ropa de verano era demasiado gruesa sobre la piel, los descubrimientos seguían siendo maravillosos. Acostumbrada a beber poco, había comenzado a tomar licores dulces, los únicos posibles. Miré el rostro tostado, los labios sedientos de mi compañero.

¿Cómo sería el whisky?

Aquella noche no bajamos a comer. Los celos enloquecieron a Gastón. Oí una y otra vez su gemido:

—¡Mía, mía, mía!

II

DEJE DE pertenecerme por fuera y me amurallé por dentro. La libertad esperada ingenuamente a la vuelta del contrato matrimonial se hacía lejana. ¿Era mejor esto que la severidad de mi madre?

La ducha sonaba en las mañanas, escuchaba abrir cajones, recibía un beso —liturgia de los primeros años—, y la puerta de calle se cerraba. Al fin estaba sola.

Hacía multiplicaciones y divisiones mentales. Mi madre intervenía menos en mi vida, pero sufría otras observaciones.

Gastón era hijo único y aún no se cortaba el cordón umbilical firme como para dos. Cualquier intento de romperlo resultaba demasiado fuerte, se sacudía dolorosamente ante la libertad que yo representaba. Mi suegra me respondía con terribles reservas. Su hogar era un santuario con imágenes piadosas y la Virgen ocupaba entre ellas lugar preponderante. El culto a la madre, instrumento de poder femenino, habíaselo dado a beber en la leche de sus pechos. Inteligente y práctica,

dejó caer el peso de sus esperanzas en aquella prolongación suya que tenía la ventaja de ser hombre. Imposible obtener su perdón después de haberse-lo quitado, aunque fuera sólo formalmente.

—Madre hay una, mujeres muchas.

La frase se repetía, impacientándome. Pero su autoridad se mantenía.

—He hecho de mi hijo un excelente muchacho cristiano y trabajador. ¡Qué Dios los bendiga! Así había dicho en voz alta el día del cambio de argollas.

—Mírame como a otra madre.

Fue la primera de sus advertencias.

Metidos en nuestro departamento estábamos escapados, no a salvo. Gastón me observaba con temor creciente. Era peligrosa una esposa de veinte años que bebía con ganas, evitaba ir a misa y no tenía planes para el futuro.

Una de aquellas deliciosas mañanas en que me quedaba sola, tuve las primeras náuseas. Revisé mentalmente los motivos y los atribuí, desesperadamente, a las bebidas de la noche anterior. Habíamos celebrado en forma copiosa los veintidós años de Andrés y éstas eran las consecuencias. Mi estómago rechazaba todo; la empleada se asustó. Una hora después apareció mi madre, me tomó la temperatura, observó mi piel y se quedó luego pensativa largo rato.

—Iremos al doctor.

Dentro de mí comenzaba a crecer una angustia desconocida, aterradora; no quería pensar en nada que fuera más allá de un simple malestar al estómago —seguramente porque iba más allá de eso—. Hice un esfuerzo y me levanté. Las horas que faltaban para llegar hasta el médico resultaron terribles. . . ., como dar un examen.

¿Qué me diría?

Era la primera vez que consultaba un ginecólogo. Yo había insistido en un médico cualquiera, pero mamá y Gastón lo resolvieron así, después de un breve cuchicheo que me llenó de temores.

Todo pasó rápido. Preguntas van, respuestas se dan. Como en sueños oí que esperaba un hijo. No podía ser, si jamás lo había pensado. Esas cosas le sucedían al resto, ¿pero yo qué haría? ¿Y mi libertad?

Las lágrimas mojaron mi cara; fueron demasiado evidentes y molestaron a mi madre. Hablé con el médico un momento, mientras yo permanecía derrumbada en el sillón. Salimos. No podía resignarme. El calor de esa tarde de marzo, denso, pesado, se hizo un círculo que me envolvió y del que no podía liberarme. Todo estaba oscuro dentro de mí. Adivinaba la risa de Gastón y sus palabras de felicidad.

(Una forma de asegurarme mi dependencia. ¿Cómo no lo pensé antes? Ya lo sabía mi madre;

sería una noticia para todos dentro de pocas horas. Nueve meses vegetativos.)

—¿Es posible? ¿No quieres a tu marido, entonces?

Yo no contestaba; el embarazo era un nudo de angustia y desolación. Mejor quedarse en silencio, pensarlo después. Tratar de dormir. ¿Ese era el resultado de la luna de miel? Sentí un rencor hondo, feroz, contra Gastón. Preferible no verlo hasta más tarde.

—Mamá, son las seis, me voy al cine.

—¿Al cine? ¿No estabas mal? ¡Qué ocurrencia, te vienes conmigo a casa!

—No tengo ánimo, quiero distraerme.

—Creo que debes terminar con estas cosas y portarte como un ser normal. Yo no recuerdo mayor alegría que cuando supe que esperaba a Andrés.

La miré con atención. Fue y se conservaba muy atractiva. Desde que murió papá, doce años atrás, llevaba siempre luto, limpia de maquillaje, pálida y serena. Tenía una mezcla de dulzura y firmeza que nos hacían respetarla. El caso suyo había sido inverso. La noticia del hijo fue la esperanza de un nuevo lazo amoroso con qué reducir a ese ejemplar esquivo y exuberante que era mi padre. ¿Cómo tomó él la noticia? Espontáneamente natural.

—¡Mis gatitos, mis pobres gatitos!

Me dormía siempre entre sus brazos, siempre hasta que se acabó. Esas tardes en el fondo de mi abuela, en que volvía cargado de pájaros y conejos después de salir a cazar, le oía reír y pisar fuerte.

—¡Me habría ido por los cerros hasta otro país, pero me acordé de la gatita y los gatitos y me vine volando, corriendo!

Comprendí la diferencia entre la maternidad de mi madre y la mía.

Mamá caminaba pensativa. Tuve un arrebatado de compasión por ella y por mí. ¿Qué se estaría diciendo?

Yo había sido un problema: mujer primero, colocarme después; a pesar de su moderno concepto de la vida, sentía que debía protegerme del mundo con un marido: etiqueta de resguardo. Yo ya tenía mi etiqueta; después de eso, todo resultaba normal. A fin de cuentas ella no me había obligado a casarme.

Ciertamente no me había obligado, pero ¿qué otra cosa me quedaba?

Me encerré en mi cuarto, me parapeté detrás de la puerta, pero ésta se abrió estruendosamente a la euforia de Gastón. Lo lógico y lo normal en estos casos.

Tuve días muy malos. Como la mente, el cuerpo se resistía. No poder comer me debilitó, al cabo de unas semanas, hasta el extremo de no

alcanzar a reunir fuerzas para salir de la cama. Hubo reunión familiar y se decidió que iría a la costa. Cambio de aire y paisaje. Partí con la misma alma y el mismo desgano. Encontré allí cielo azul y tibieza. Pasaba los días frente al mar en mi silla de reposo, siempre con un libro tumbado, a medio abrir sobre la falda.

Gastón, después de instalarme, partió de vuelta. Yo sabía que estaba contento de alejarse; era bastante poco lo que podía ofrecer recluida en mi pieza, distante, enferma. Fue un alivio mutuo. La habitación del hotel tenía ventanas a la playa. En la noche oía el mar agitarse trabajosamente. El rumor de su fuerza relajaba la mía. Pensé en la muerte como en el cesar de todo. Un largo descanso. Mis años en colegio de monjas no me habían dejado honda huella religiosa; al contrario.

—Nosotros somos hechos a imagen de Dios, que nos creó.

—¿Qué necesidad tenía de crearnos, madre?

—Dios no tiene necesidades.

—¿Cómo entonces?

—No pretenda explicarse a Dios; somos demasiado pequeños para eso.

Tirarse al suelo. Unos para conseguir la vida eterna, otros ésta, todos haciendo concesiones a la familia, al vivir diario, al pensamiento. Creo, acepto, pero pásame la mano por el lomo, que me alivia.

Y en respuesta a eso, tenía sobre la falda el libro que yo amaba especialmente, garrapateado con frases subrayadas y notas escritas con la letra disparada de mi padre. "El Paraíso Perdido", de Milton. Angeles rebeldes que él admiraba. Pasó parte de su infancia en un colegio de sacerdotes, siempre en pugna con la dura disciplina.

Un día llegó de vuelta a su casa, pálido, el traje destrozado; tenía once años. Mi abuela corrió a su encuentro.

—¿Qué ha pasado?

—Me echaron del colegio.

—¿Por qué?

—Estaba en el subterráneo tratando de incendiario; desgraciadamente no alcancé a hacerlo.

"Entre los archivos celestiales no se conserva ahora la memoria de sus nombres borrados del libro de la vida a consecuencia de su rebelión."

Tenía de él una imagen borrosa. La gran vitalidad asomándose a sus ojos curiosamente amarillos, contrastando con la piel oscura. Negro pelo siempre caído en la frente. Me sentaba en la mesa de dibujo, sobre los planos:

—¿Ves estos cachos que quieren crecer bajo la piel?

Presionaba los huesos redondeados más arriba de las cejas, tocaba después los míos.

—Eres como yo, un poco hijo del Diablo;

pero no hay que temerle, es positivo, todo el progreso se lo debemos a él.

Se reía y me besaba estruendosamente. Crecí oyendo contar anécdotas sobre sus rebeldías. Se había casado un día silenciosamente. Mi abuela fue conquistada de inmediato por el firme e inteligente rostro de mi madre. La saludó diciéndole:

—Cuenta conmigo, hija mía. El único de mis niños contra quien no pude nada fue tu marido.

El mar inmenso no se pierde a la vista. Sentía que quería llorar a gritos.

No he visto lo cercano. ¿Por inmediato?

¿Y si me moría? Mi muerte es sola, es propia. Morir por dar a luz.

Supe que alguien con quien salí un par de veces y que me admiraba recortó la fotografía que apareció en el diario el día de mi matrimonio. ¿Recortaría, también, la cruz de mi defunción? Tendría así el recorrido completo de mi vida.

—¡Muchas felicidades!

Los parabienes de la boda sonaban en mis oídos. Esas felicidades desembocaban en un callejón negro.

Bajaba en las tardes a la terraza, vacía en esa época del año. La víspera de volver a la ciudad, alguien cogió mi brazo desde atrás, exclamando:

—Tú, ¿qué haces aquí?

—Dicen que me repongo; he estado enferma.

No lo veía desde hacía varios años. Muy alto, muy delgado, muy tenso. Caminamos por el frío piso de cemento, casi en silencio. Se detuvo al cabo de un rato y sin sonreír cogió mi mano.

—Al despedirme, me despidió dos veces y por mucho tiempo.

—¿Te vas, dónde?

—A Europa, dentro de unos días.

No me atreví a preguntarle más; parecía sufrir.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé.

Se alejó por la playa.

(“¿Será éste más feliz?”)

Tal vez huía de algo, pero se marchaba solo, a rumiarse el dolor, lejos. Recordé que estuvo enfermo de tuberculosis varios años. Aunque lo conocía poco, fui a verlo al hospital antes de ser enviado a clima. Metido en su cama, pálido, sin afeitarse, agresivo, me pareció interesante. Entonces yo estaba sana, firme.

—Ahora tú estás mejor.

Hablé en voz alta, para mí.

Al día siguiente llegarían a buscarme. El aire salado y el viento me habían tostado algo. Los huesos se notaban menos bajo la piel. Haría-

mos el recorrido a casa conversando y el reposo habría terminado.

Gastón apareció esa vez un poco fastidiado. Los quince días habían sido sólo un escape momentáneo al mutuo malestar que significaba tolerar una enfermedad que debiera haber sido una ligera indisposición natural. No estaba dispuesta al cansancio de disimular y me abandonaba a una total indiferencia por todo lo que no podía disfrutar con los sentidos. De la silla de lona volví a mi cama; botada en ella, miraba irse las horas sobre las paredes. Azul en la madrugada y al atardecer; un sol pálido arrastrándose desgano en el dormitorio, obscurecido a ratos por el negro intervalo del sueño.

Me parapetaba tras el embarazo como tras un muro. Oía a Gastón dar órdenes a la empleada, bajar y subir las escaleras, arrancar apresuradamente a cualquier hora después de permanecer algunos momentos frente a mí observándome, también, con rencor. Las exclamaciones de felicidad eran un recuerdo irónico. Daba vuelta la espalda y decía:

—Salgo un rato.

Se cerraba la puerta, y yo, con mis veinte años, con odio dentro, con aquel peso en el vientre, me preguntaba por el amor. La contestación sin respuesta interior se agitaba fuera, ciega, en el vacío. Muchas veces desperté en la noche en-

tre los brazos de Gastón, que me sacudía desesperadamente:

—¡No llores! ¿Qué tienes?

Encendía la luz y contemplaba mi rostro hundido, mojado en lágrimas y sudor.

—¡Dios, qué hemos hecho!

Adivinaba en él tanta molestia que comencé a temer el ruido de su llave en la cerradura, el de sus pasos hasta mi pieza. A los seis meses de casados esperar cuatro que faltaban para cumplir mi tiempo le resultaba intolerable.

Mamá me encontraba siempre sola.

Una tarde lo esperó largo rato mientras yo dormitaba tranquila, amparada por su presencia. La puerta de calle se abrió y mi madre se levantó a encontrarlo. Conversaron en voz baja unos momentos, después volvió a mi lado y frente a la cama dijo serenamente, como siempre:

—Te vienes conmigo a casa.

Gastón aceptaba con alivio traspasar su deber. Así volví al familiar dormitorio abandonado a la carrera. Y comer, incorporarse, descansar, fueron funciones que sólo ejecutaba a través del empeño solícito de mi madre.

El hombre que se casó conmigo, absorbente, apasionado, celoso, era en esos días una sombra que huía de materializarse.

El precioso juguete se había echado a perder.

III

LARGO paréntesis.

Pero no hay plazo que no se cumpla . . .

Me dolió, me desgarró, me aplicaron calmantes. Nació sano, hermoso. Lo vi al volver de la anestesia un par de horas después. El cansancio era muy grande para tener manifestaciones de alegría. Y estaba contenta. Libre otra vez; al menos, sola con mi propio cuerpo. Respiré hondo. Esa noche pedí a la enfermera que lo acercara. Tan chiquito, tan desamparado, arrancado de su primer refugio: de la carne al pañal, a horarios, a voces incoherentes. Lloraba, parecía aterrado.

—¡No lo coja, señora; desde que nacen hay que disciplinarlos!

(¡Dios, qué flaco favor le había hecho; empezaba la lucha contra él!)

Desoí sus consejos y lo levanté. Su aliento agitado, sus manitas crispadas en el aire pedían socorro. Ahora yo era dos. Puse mi cara junto a la suya, rosada, tibia, y se fue calmando.

Sentí piedad, una ternura inmensa y desconocida.

—Bueno, chiquitito, ya nos arreglaremos, ya nos arreglaremos.

Afuera la noche de septiembre, limpia, fresca. Oía los coches correr por la Costanera. Quise ir en uno de ellos velozmente hacia la cordillera acompañada de la risa fuerte y alegre de un hombre.

El departamento que ocupaba, grande y lujoso, más parecía un hotel que una clínica, pero era una clínica. Apreté las manos contra mi vientre sobre las sábanas: “Nunca más. Haré lo necesario para impedir que esto se vuelva a repetir. Nunca más”.

—Los hijos son la corona de las madres, evitarlos es un pecado. Más vale llegar pronto al Cielo que más tarde al Infierno.

Así decía mi suegra, que pesaba mucho en la conciencia de Gastón. Este consideraría, por lo tanto, entre las terribles consecuencias futuras de mi decisión, la posibilidad de la condenación eterna. Porque abstenerse ciertos días, la mayoría, para no correr riesgos ni pecar, era demasiado duro a los veinticinco años.

Me reí, mirando el cielo oscuro.

“¡Nunca más!”

IV

Y COMENZO una etapa distinta de mi vida. Sebastián ocupaba en ella un lugar preponderante a costa del de Gastón, que disminuía. Nunca pude asociarlos entre sí, tal vez debido al evidente parecido físico del niño con mi madre, con Andrés y conmigo, tal vez por miedo a una posible influencia de ese ambiente cerrado y fanático en que mi marido había nacido.

Conocía gente nueva, parientes adquiridos, amigos de su infancia y de la Universidad; Gastón me lucía como quien pasea un tigre, lleno del orgullo de la inquietante posesión; me divertía con ello y no oponía resistencia.

Descubrí —sin mucho esfuerzo— que era absolutamente incapaz de permanecer consigo mismo más de diez minutos, lo que no me disgustaba; al contrario, ya que significaba botarse a la calle en busca de otras compañías humanas que llenaran los espacios de tiempo que entre nosotros se alargaban en vano. Y él descubrió que

yo evitaba un nuevo hijo usando de medidas tomadas por mi cuenta.

Enrojeció —el Infierno encendió su cara cada vez que tuvo que comprobarlo—. Le aseguré que la falta era mía y así podía quedarse tranquilo. Hasta que no llegué a las consideraciones económicas no se había resignado. Luego calló, pero no volvió a confesarse.

Sebastián comenzaba a apoyarse firmemente sobre sus piernas y a mirar con atención el mundo que lo rodeaba.

El día que cumplió dos años quedó marcado con una anécdota: tras el apagón de las velas de su torta, Gastón quiso ser quien cortara y sirviera trozos de ella. Se inclinaba sobre el dulce cuando un grito del niño sujetó su mano en el aire. Vuelto en su sillita me miraba fijamente, asombrado. Comprendimos que en sus pequeños grandes momentos no había nadie más que yo. Hechos semejantes se repitieron mil veces, y su padre se retiraba siempre, entre corrido y molesto, con una frase despechada:

—Són iguales por dentro y por fuera.

Pero no trataba de acortar distancias y las relaciones con su hijo se limitaban a un beso distraído por las noches, cuando lo encontraba despierto.

Un día Sebastián pudo articular una frase completa; frase en plural de dos, como yo le ha-

blaba. Desde entonces comenzó a caminar por la casa maravillado de todo, haciendo preguntas y exigiendo respuestas. Le contestaba a la medida de su comprensión, tratando de eliminar el terror que lo desconocido filtra en la mente infantil.

Pero no podía evitar el temor que asomaba a sus ojos a la primera palabra dicha con alguna molestia por Gastón. Porque las discusiones empezaron a brotar por cualquier frase o cualquier motivo. Mi marido quería suplir con dominio su falta de comunicación verdadera.

Sebastián y yo nos replegábamos. Llegada la noche, lo metía en cama, y cuando se quedaba dormido permanecía frente a la ventana de su pieza contemplando el movimiento de gente y coches por la calle.

Miraba hacia las horas pasadas con absoluto desconcierto. Gastón estaba en ellas a tiro de fusil, armado como para un largo asedio.

Y rondaba y vigilaba tan celosamente, tanto, que jamás faltó quien dijera suspirando:

—¡Cómo te quiere!

Yo me encerraba en el silencio como en una tumba.

—¡Cómo te quiere!

* * *

Sucesión de días, meses, años.

Frente a mí, Nicolás me saludaba de vuelta

al país y se agachaba a acariciar la cabeza de Sebastián, que caminaba cogido a mi mano. Ese día apenas cruzamos dos palabras; escasamente alcancé a darle mi dirección; me separé de él golpeada de pronto por la evidencia de todo un trozo de vida convertido ya en pasado.

* * *

Nicolás pasó a verme un tiempo después. Atribuí a su nueva realidad la tensión contenida que sentía presionar en él.

Temiendo preguntas de su parte, me adelanté a formularlas yo.

Sí, había viajado mucho entre América y Europa.

Interrumpió sus palabras con un golpe de la mano empuñada sobre el suelo en donde estaba sentado.

—¿Qué importa todo eso? Aquí o allá somos los mismos.

Recordé la impresión que me hizo al despedirse y comprendí que no me había equivocado entonces, como no me equivocaba ahora.

Sufría. Se lo dije así directamente. Agitó sus largas manos nerviosas.

—Por cierto que sufro. ¿Y quién no? Padece los dolores de este mundo que se muere.

Cerré los ojos. Gastón volvía a gritar en mi conciencia: “¡Es gente como tú la que está terminando con la tranquilidad de todos!”

Repetí interiormente mirando a Nicolás:
“¡La tranquilidad de todos!”

Después dije en voz alta, con sinceridad:

—Estoy contenta de que hayas vuelto; me sentiré menos sola.

No contestó nada; parecía saberlo. El rato en su compañía pasaba rápido. Nos escuchábamos atentos, recuperando tiempo.

—Estamos en crisis, querida, crisis de la individualidad; pero hay que soportarla hasta el fin para ver cómo revienta.

Puso la cabeza sobre el cojín en el sofá y me miró atentamente:

—Estoy haciéndome un psicoanálisis. ¿No te pliegas a la compañía? Somos legiones que han perdido el equilibrio. Y como cualquier respuesta de nuestro medio está pervertida, hay que empezar a limpiarse por dentro, a ver si así se aclara el panorama exterior.

Le toqué cariñosamente el hombro:

—Te operas de cataratas; quedarás bien, eres muy joven.

Volvió muchas veces, algunas de ellas se topó con Gastón, que lo saludaba fríamente. Nada más distinto que ese par de hombres parados sobre el mismo suelo. Con uno yo no tenía nada en común, salvo el vínculo; con el otro, la inteligencia, la razón, y éramos demasiado semejantes, propios, para una aventura sexual.

V

UNA NOCHE me negué a ir a comer a casa de unos parientes de mi marido; a su insistente pregunta de “¿Por qué?”, respondí francamente:

—Me aburren.

Era cierto, no podía tolerarlos. Hablando siempre de cosas mínimas, llenos de agresividad para lo que no podían entender, limitados al mundo dado, permitido, incluso respirando la justa cantidad de oxígeno para no ahogarse. Se cumplió el refrán de la gota que colma el vaso. Gastón se volcó de toda su amargura violentamente:

—¿Qué te imaginas? ¡Despreciando siempre lo que yo estimo, viviendo ciega y sorda a lo que ha sido mi vida, saltando sobre principios que cualquier mujer respeta, la religión, por ejemplo, limitándose a un hijo! . . .

Permanecí muda.

—Y creo que es falta de firmeza contigo. Voy a tenerla. Debes pensar que al menos quien

paga y mantiene tus gastos soy yo; aunque sea sólo por eso me respetarás.

—Si se trata de compensaciones en dinero... puedo trabajar.

—Jamás aceptaré que lo hagas, no digas tonterías.

Me cogió por los hombros:

—Pienso en mi alma con espanto, pero te amo.

Tenía los ojos húmedos. El desprecio y la compasión se mezclaron en mí. ¿Lloraba por su alma o por el poder que se le escurría?

—¿No te das cuenta de que estoy luchando por conservar nuestro hogar?

Me volví con desesperación. ¿Qué cosa quería conservar?

No pude preguntárselo en voz alta, parecía deshecho. El sexo fue el gran amortiguador. Se sirvió de él una vez más, intensa, angustiosamente. Supremo recurso de minutos que deja saldo en contra, sabor amargo. Esa noche estuve despierta. Comenzaba a experimentar un cansancio total. No venía de los hechos producidos exteriormente; venía desde dentro, desde muchos años, como si arrastrara conmigo los dolores del mundo. Como si fuera yo quien se echara al suelo para gemir de tanto heroísmo inútil, de tanto dogma desmentido, de tanto decir y hacer por nada.

Oía dormir a Gastón con cierto sobresalto. Se aferraba a mí como a su madre. Lo desconocido le producía pánico, frío; el que yo fallara sería el caos, nacer de nuevo a un mundo hostil para el que no estaba preparado. Su agitación era contagiosa; tuve miedo, la soledad me pareció un hondo abismo negro, elegido a conciencia. Estaba tibia en mi cama.

¡Qué duro era romper!

VI

Y ESA noche no dormí. Poco a poco el recuerdo de aquel episodio claro, refrescante, abierto como una ventana sobre otro camino, se fue entrando en mí; es decir, ya había vengado mis lágrimas, el miedo, la obligación. ¿Cómo fue?

En un grupo, una tarde cualquiera, después de varias copas, alguien propuso ir a ver un amigo a su casa. "El sitio más agradable y acogedor del mundo", según sus palabras.

Nos tomó largo rato atravesar la ciudad y entrar en aquel lugar alejado, cerca del río, frente a la cordillera. Al ruido de autos que frenaban, de gente que se bajaba conversando y riendo, salió a recibirnos. Nos estrechó la mano con una naturalidad suelta, cordial. Realmente era un sitio agradable y acogedor. Me acerqué a la chimenea. Una de las mujeres propuso eufórica apagar la luz y beber con la luminosidad de las llamas. Aproveché entonces para observarlo tranquilamente. Aparentaba unos treinta y ocho años. Mechones grises

aparecían entre el pelo castaño. Mediana y firme estatura. Ancha risa sana. Soltero. Infantilmente le pregunté por qué no se había casado. Contestó riendo a mis ojos:

—Tal vez me faltó un pequeño demonio verde.

Era un cumplido; eché atrás la cabeza en una carcajada.

Me mostró sus libros, sus recuerdos de viaje, la maqueta con que se recibió de arquitecto. Todo un poco desparramado, íntimo, en la buhardilla que le servía de estudio.

Esa noche bebí confiadamente más que de costumbre. Me sentía protegida; imaginaba que más tarde volvería a dormir entre dos brazos que alejarían el miedo, relajada, pequeña otra vez.

Pasó un tiempo en que no le vi. Varias veces pregunté por él a amigos comunes.

—Sale muy poco; hace una vida retirada, metido en su estudio.

Un día desperté con la necesidad de verle. Tomé a Sebastián, lo puse en el auto y partí hacia aquel lugar apartado frente a la cordillera. Entrando por el camino de piedra que llegaba hasta la casa, toqué la bocina como una trompeta.

Me eché del auto a sus brazos alegremente. Fue una mañana feliz. La empleada preparó *sandwiches*, abrió unas botellas y sirvió leche con mermelada. Eramos tres compañeros de vacaciones.

Con el niño sentado sobre sus hombros, caminamos hasta el río; allí nos enseñó cómo tirar piedrecitas en el agua que la rozaran varias veces antes de hundirse.

—Almuercen conmigo.

Tuve un sobresalto; la hora se venía encima.

—Imposible, tendría que avisar y el secreto desaparecería. Además, sería inútil, lo recibirían muy mal.

Salimos. Yo frente al volante, él apoyado en la portezuela, nos miramos sonrientes, un poco anhelantes.

—No dejaré que se la trague la tierra. ¿Cuándo la veo?

* * *

Tuve que inventar una divertida mentira después que Sebastián contó en su media lengua aquellas experiencias tan extraordinarias para él. Tuve que mentir muchas veces más.

Pero ¿qué importaba? Todo era cálido en esos días. Nos juntábamos en los lugares más increíbles, a las horas de que yo podía disponer. Jamás una impaciencia a mis atrasos, un reproche, una pregunta molesta. Llegaba agitada y a su lado me calmaba. Lo veía bajarse del auto al divisarme y la angustia cesaba. Una vez corrí a su encuentro

los metros que nos separaban, como si hubiera vuelto a los siete años, olvidando que estábamos a pocas cuadras de mi casa, que eran las tres de la tarde, que podían seguirme, que había gente que nos conocía, olvidando todo, cuando abrió los brazos.

El recuerdo se hacía tan vívido que me pareció sentir ese olor a cigarro habano que fumaba y que llevaba consigo en la ropa y en la piel.

Había sido tan natural la relación íntima, tan libre de complicaciones, de análisis, como beber un licor fuerte, desconocido, en un tazón común. La intimidad total, sin ataque ni defensa.

Días felices. No tenía remordimientos; a veces cierto temor de que Gastón me descubriese. Sentada a la mesa, lo oía hacerme reproches, quejarse de mi frialdad. Me cuidaba de contestarle.

Una tarde él puso en mi mano una pequeña llave dorada; la besó sobre mi palma abierta.

—Para que estemos tranquilos, sin tantas preocupaciones de distancias y de tiempos.

Aquel departamento de dos piezas era mi hogar, si hogar significa alegría, descanso, paz.

No tuve con él reservas. Me parecía que a su lado comenzaba a estirar músculos adormecidos. Olvidaba que la otra vida corría paralela a ésta.

Empezaba a amanecer. Seguí recordando con los ojos abiertos, desvelada.

* * *

Terminaba el verano; hacía unos días que no lo veía, separados por las obligadas vacaciones en familia.

Lo noté preocupado. Dije espontáneamente:

—Tú tienes algo.

—Sí, algo muy importante para nosotros, que vamos a conversar.

El viejo y conocido temor se trepó por mis piernas. Tuve que sentarme temblando. Habló con calma:

—Lo nuestro ya no es un secreto y me alegro. Pronto algún buen amigo se lo dirá a Gastón. Tú vas a contestarme ahora algo que nunca te he preguntado.

Tomó mi cabeza entre sus manos. Cerré los ojos.

—Míreme. ¿Ha pensado alguna vez echar todo al diablo y tratar de vivir conmigo... legalmente?

No podía comprender. Cualquiera otra clase de relación me hubiera parecido innecesaria.

—Realmente, no sé, no me esperaba esto.

—Tengo cuarenta años, una vida hecha, dinero. Eres tan joven, no quiero hacerte daño y te amo.

—Sólo me has dado felicidad.

—Lo sé, porque ha sido mutua.

Estaba muy tranquilo; como siempre, fui calmándome a su lado. Sonrió.

—Hay situaciones que tienen que definirse, sobre todo cuando existen terceros, como en ésta. Será difícil abordar al hombre, pero no se preocupe, lo haré yo. Sé que recurrirá a sus principios religiosos, la disculpa más fuerte para negarse a cualquier arreglo y la más peligrosa por supuesto, ya que con el absurdo no se puede solucionar nada. En ese caso, ¿se vendría usted conmigo de viaje? Legalizaríamos nuestra unión en el país que fuéра posible. Volveríamos después y creo que a lo hecho . . . pecho.

—¿Y el niño?

Estaba completamente desconcertada.

—Mañana lo verá más claro.

Fue al pequeño mueble que hacía de bar y sirvió algo. Mi mano temblaba al recibir el vaso.

En los momentos de mayor intimidad dejaba de tutearme. Encendió uno de sus cigarros. Emanaba de él una fuerza que no había sentido en nadie. Me gustaba apretarme a su cuerpo, quedarme largo rato con la cabeza hundida en su pecho. Bajo la camisa, espeso vello castaño.

—¡Padre árbol, padre roble! (¡Padre de carne!)

Besaba mis cabellos; su ternura me penetraba como un baño tibio.

Esa noche, Gastón y yo estábamos invitados a comer donde mi mejor amiga, que tenía una inmensa y confortable casa. Le gustaba reunir

gente que pusiera en la mesa el condimento de las últimas novedades en plaza y de lo que fuera.

En el comedor, sentada entre dos conocidos, me porté lamentablemente. Había estado mirando hablar a uno de ellos, que, encantado de esta atención aparente, no dejó de conversar un momento. Eso me descansaba. Le oía decir que se especializaba en economía.

—Tengo mi propia teoría sobre el subdesarrollo. Acabo de terminar un trabajo sobre esto que será una novedad.

En el centro de la mesa, una pila iluminada manaba agua que caía saltando sobre una pareja de porcelana que se daba la mano sumergida en la fuente.

En la fuente, como nosotros en el mar, hacía unas semanas, durante el verano. Bogábamos una mañana en pequeños botes de lona. De pronto me di cuenta de que estábamos muy lejos de tierra firme; calculé con los ojos la distancia —no sería capaz de nadar hasta la orilla—; Gastón, riendo, chocaba su embarcación con la mía y se apartaba luego, sirviéndose del remo. Experimenté de súbito un terror irracional. Era muy fácil darse vuelta, y si así sucediera, ¿quién me ayudaría? Mi marido nadaba muy bien y tenía resistencia, pero ¡qué magnífica solución sería mi muerte!

Risas en el comedor. Eché una mirada desolada sobre Marta. Estaba al tanto de mi asunto y

se portaba absolutamente natural cuando él pasaba a buscarme a su casa. La última vez que hablamos del tema dijo con cierta melancolía: "Eres afortunada, este hombre te quiere de veras".

Mi vecino se explayaba:

—El subdesarrollo no existe en forma material, lo que existe es la inconformidad cuando se han conocido otras formas de vida superiores. Los pueblos de un sitio perdido en el globo pueden estar perfectamente, mientras no ponen en contraste su realidad con lo que creen podría ser.

Puse atención.

—Ciertos países, como ciertas personas, viven soñando con lo que no pueden tener, en vez de someterse a la voluntad divina, tratando, dentro de sus posibilidades, de alcanzar algo mejor.

Algo sonó en mí como un golpe; me estremecí. Leí otra vez, mentalmente, la frase escrita en una estampa religiosa que me regalaron en el colegio el día de mi cumpleaños: "Si no me es posible realizar mi ideal, quiero por lo menos idealizar mi realidad". ¡Opio por cantidades, opio para todos, por toneladas!

—Usted no habla en serio. ¿Con qué derecho se burla de los estafados de la tierra? ¿Por qué tengo yo que oírle tanta gratuita estupidez?

Comprendía que me estaba vaciando de la tensión contenida desde la tarde, pero no podía evitarlo.

Se hizo un silencio en el comedor. Contestó en voz alta para todos:

—Repetiré lo que dije: la gente no se conforma con lo que tiene. ¿Lo considera usted una estupidez?

El rostro de Gastón, una mancha blanca. La dueña de casa se puso de pie, gentilmente:

—¿Pasamos a tomar el café?

Nos despedimos al cabo de una hora y caminé al automóvil ajena a todo lo que no fuera aquella angustia que iba tomando cuerpo, rompiendo, haciéndose conciencia. ¿Y qué era esa conciencia?

Volvíamos a casa. La lluvia había limpiado las calles, los focos alumbraban también desde el suelo, de rebote.

—Quisiera saber a qué se refería, contestándote en esa forma.

—Podrías habérselo preguntado.

—¿Hasta cuándo crees que seguirás poniéndome en ridículo, llevando una vida en la que no cuento para nada? ¿No te das cuenta de que si nuestro matrimonio anda mal es por tu culpa?

—La culpa la podríamos remontar mil años.

Añadí para mí: "Pero siempre seguiría siendo culpa".

—Estoy harto de esta inseguridad, de esperar siempre lo peor. ¿Cuánto más durará esto?

Era una magnífica ocasión. La sinceridad se atropelló dentro de mí.

—Yo también estoy harta. Creo que debemos pensar con cierta objetividad y darnos cuenta de que no vamos a ninguna parte, que sólo nos hacemos daño. Juntos estamos mal, salvémonos como podamos.

—¿Qué estás proponiendo?

Frenó el coche en una esquina. Me cogió de los hombros violentamente, perdido el control. Vencí el miedo.

—Estoy hablando de separarnos.

—¿Abandonarme, quedarte suelta, irte con el niño?

—Lo que pienso es trabajar, mantener mi hijo, vivir en paz.

—¿Supones que yo aceptaré haber fracasado en mi matrimonio? Seguiremos juntos aunque sea necesario darte de bofetadas.

Callé, apreté los dientes. Llegamos a casa. Frente a la ventana estuve, como otras veces, mirando hacia el cerro. Luces aparecían a trechos, entre los árboles. Pensaba: “Y estoy sola, absolutamente sola”. Nadie se salva sublimándose en algo exterior, por muy amado que sea, sin haber abierto su propia verdad. Me aferraba al recuerdo de quien pocas horas antes me propusiera romper con todo esto, me aferraba al recuerdo de su fuerza y seguridad que yo necesitaba tanto en mí. Tenía que encontrarlas, aunque eso significara dolor. Que venga y que duela.

Me alejé de la ventana; fui a ver a Sebastián. Dormía apaciblemente. Su tranquilidad me hirió como un reproche. Inclinada sobre la camita, acaricié su negro pelo rebelde. Ya nos alejaríamos de allí; largo camino que recorrer, pero debía recorrerlo sola. No sería, esta vez, un traspaso. Lo resolví en un instante, yo ya me pertenecía. Aquello era asunto mío, exclusivamente mío.

Lo esperé la tarde siguiente, mucho rato. Estuve allí minutos antes de lo convenido. Preparé té como siempre. No hubo lágrimas en nuestra despedida. Esta vez yo besé la llave dorada en la palma abierta de su mano. Nos miramos intensamente, no necesité hablar demasiado:

—Tú me enseñaste que se podía andar con soltura, sin muletas; voy a tratar de ensayarlo. No sé cuándo será el momento de dejar atrás todo lo que me hizo inválida tanto tiempo. Mañana, pasado . . . , llegará. Jamás olvidaré lo que representaste para mí.

—Y yo te agradezco toda la felicidad que me diste y me despido. Dentro de una semana salgo del país a un congreso de arquitectos. Retardaré mi vuelta y desandaré el camino peldaño a peldaño por los países de América del Sur. ¡Quizás a mi vuelta . . . !

Puse mi mano sobre su boca para sentir, físicamente, el calor de su sonrisa.

VII

PERMANECI hasta muy tarde en cama. No haber dormido me produjo un cansancio embotador. Volví a recordar aquellos meses que siguieron, en que mi alma y mi cuerpo tuvieron frío, en que me echaba a la calle a caminar, a mirar todo ese mundo desconocido, totalmente ajeno. Llegaba a veces hasta la casa de mi madre y me sentaba cerca de ella. Tenía siempre esa sonrisa hermosa que yo amaba, pero había permanecido tanto tiempo encerrada en sí misma, que nuestra conversación se limitaba a cosas triviales, eludiendo lo que pudiera tocar fondo. Volví más frustrada.

Buscando calor me refugiaba junto a la chimenea en casa de Marta, y bebíamos vino entibado al calor de las llamas. Me gustaba charlar con ella, que ofrecía una sensibilidad abierta. Era viuda de un hombre por el que conservaba un tierno recuerdo y a quien había amado profundamente. Pensaba que no volvería a sentir —a pesar de su juventud— algo semejante por nadie. Se refería

a las relaciones amorosas con un fino, simpático cinismo:

—Los hombres piensan que nosotras llegamos a la cama llevadas por la gran pasión, el gran sentimiento; nos enamoramos y caemos; lo han creído así por generaciones. Lo que en ellos es una simple escaramuza, un mérito, un orgullo, en las mujeres es grave falta, porque con el cuerpo comprometen el alma.

Encendía el cigarrillo y echaba el fósforo a las llamas.

—Traté algunas veces de convencerlos de su error, que limitaran el simple acto a su simplicidad, que las circunstancias son circunstancias para ellos y ellas; pero la vanidad masculina es ciega: las mujeres se entregan por amor o se prostituyen por dinero. Casos extremos. ¿Y el término medio? ¿Una mezcla de amor y prostitución, de prostitución y amor?

El teléfono sonaba por la tarde: Gastón comprobaba que yo estaba allí. Marta atizaba el fuego para no ver la humillación en mi semblante. Y yo no la negaba; mientras no demostrara que era capaz de sobreponerme con hechos, las explicaciones sonarían a falso.

—Me pregunto cómo has podido mantener esta situación con la certidumbre de que tendrás que liquidarla.

—La contestación sería: miedo, ese miedo

ancestral a dar el salto sin saber dónde. Y hay que saltar bien. El escándalo tiene dos caras: una cuando se da con seguridad interior, como una cachetada bien dada, y es positivo, abre camino, y la otra cuando se da a medias, temerosamente, y es negativo, en falso. Te respetan en la medida en que eres fuerte y tienes éxito.

—Seré la mala amiga y te diré que espero con ansiedad el día en que pueda visitarte y se haya clarificado el ambiente en que vives; es decir, estés sola tú con el niño.

—Es difícil.

El vino tendía sus tibias manos estableciendo un vínculo de comunicación. Una tarde Marta se refirió a su vida:

—Pasé del colegio a mi hogar, a mi marido. Fuimos la pareja ejemplar durante los diez años que estuvimos casados. Un día descubrí que me había engañado, algo sin importancia, como dicen ellos. Sufrí, no pensé en desquites, pero el terreno después de un remezón queda blando. Más tarde, sin ánimo de venganzas, le devolví la mano, con la diferencia de que él no lo supo jamás. Es decir, fui una mujer irreprochable. Hace ya tres años que enviudé y creo que no volveré a casarme. Tendría que pensarlo mucho, y quien puede pensar un poco, puede pensar otro poco más y no lo hace. El matrimonio se justifica por una gran pasión o una gran situación. La situación la

tengo, la gran pasión no repara en estados civiles.

Me quedaba en silencio; que ella hablara me hacía pensar que todo era fácil de solucionar. Momentos de descanso.

La observaba; se movía con gran soltura. Los objetos, el mundo que la rodeaba, estaban hechos a su medida. No era hermosa, pero sí interesante, llena siempre de invitaciones y de visitas. La había encontrado un par de años atrás en casa de una amiga común y simpatizamos de inmediato. Me gustaron su franqueza casi increíble, su independencia absoluta.

No le conocí aventuras ruidosas, pero intuía que en su lecho el calor se conservaba constante.

—Pertenezco a la escuela hipócrita de una hermana de mamá: todo se puede hacer como señora.

Gastón la temía; ante aquella naturalidad se sentía desarmado. Lo trataba espontáneamente como a un niño. Había entre ellos una distancia infranqueable que me hacía posible llegar hasta su casa y refugiarme allí con tranquilidad. Antes o después de comida mi marido pasaba a recogerme mansamente. En el fondo la respetaba.

Una tarde me esperaba con el diario abierto sobre su falda, entusiasmada.

—Se abren las matrículas en la Escuela de Teatro, ¿no te parece interesante?

Yo sabía que tendría un disgusto; era colo-

car una nueva banderilla; pero . . . , al día siguiente estábamos inscritas.

Todas las mañanas asistíamos a clases. Al principio me guardé de contar nada. Salía a la Escuela después que Gastón se iba y volvía antes de almuerzo. Pero debía tomar apuntes, comprar libros; un día quedaron sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Traté de explicarlo simplemente. Se quejó con amargura:

—Estás siempre inventando cómo molestarte. Ahora es el teatro. ¿Qué será mañana?

Guardé silencio, pero proseguí en mis clases. Los meses volaron. Descubrí que tenía aptitudes. Empezamos a reunirnos en casa de Marta con algunos compañeros, gente diferente unida por un entusiasmo común. El mundo se ensanchaba rompiendo el miedo. Llegaron los ensayos para una obra de Lope de Vega y nos llamaron a integrar la comparsa. La víspera del estreno avisé a la empleada que no me esperara a comer. A las cinco de la mañana estábamos aún en el escenario en el cuadro final. Entre gente de teatro y prensa vi en platea a Gastón, estupefacto.

Fue un alarido familiar. Mi suegra, con lágrimas en los ojos, recorrió todas las escalas que van de este mundo al otro para disuadirme de entretención tan peligrosa. Mi madre se limitó a

asentir con Gastón. En el fondo le divertía un poco tanto barullo de la otra parte.

El ambiente ya denso se hizo insoportable. Andrés, mi hermano, que se reunía con mi marido para revisar juntos su Memoria de abogado, me recomendó prudencia. Me mantenía dispuesta a no ceder, al menos todavía. Sabía que esto precipitaba la caída, pero lo que pudiera ya suceder no me importaba.

El estreno fue un éxito. Lope de Vega levantaba su mano a través de los siglos para recordar que sólo por la violencia se recuperan los derechos. Yo trabajaba regularmente todas las tardes en el teatro. Mil dificultades en la casa eran zancadillas a mis pasos, que, a pesar de todo, seguían su marcha. Besaba la cabecita ensortijada de Sebastián, y el sentimiento de culpa al dejarlo marchaba conmigo como una quinta columna que hacía daño. Caminaba siempre ausente, dolida, por la calle.

Afirmaba una tarde la diadema sobre el traje de dama con que aparecía en escena, cuando me desmayé. Metida en una niebla blanca, espesa, divisé a Marta correr en mi ayuda. Pronto me sentí rodeada de voces,alzada del suelo y tendida sobre una superficie blanda. Alguien me echó un poco de coñac entre los labios. No entendía lo que hablaban, no me importaba esa agitación exterior, una paz desconocida se mezclaba al sopor. Era bueno no pensar, estar evadida de la sensa-

ción física; coordiné un solo pensamiento: no ser.

Poco a poco comencé a percibir la presión de las manos de Marta sobre mi rostro; hice un esfuerzo y abrí los ojos; la miré; ¿estaría yo tan pálida? Dos o tres compañeros me rodeaban ansiosos. Moví las manos: yo de nuevo. Les sonreí agradecida, mientras me embromaban cariñosamente:

—Buenas noches, señora; qué bueno que haya usted despertado. La Reina nos espera.

Todo había durado unos minutos. Los llamaron y nos quedamos solas. Mi amiga se inclinó a sostenerme mientras me sentaba:

—Estas son las consecuencias de tanta tensión nerviosa, de tanto disgusto diario. . .

Daba razones para acallar lo que ambas estábamos temiendo. Hablé tranquila sobre dos piernas temblorosas:

—Me arreglaré de cualquier modo, pero no vuelven a pescarme.

Los días siguientes pasaron rápidos. Almorzando con Gastón y su madre, sentí náuseas. Mi suegra tuvo una exclamación alborozada:

—¡A lo mejor, Dios ha escuchado mis súplicas!

Traté de reponerme, aspiré hondo:

—Recuerde que el Diablo ronda. . .

Recibí de Gastón una mirada terrible. La señora bajó los ojos sobre su espanto y la piedad

reemplazó en mí a la impaciencia. Me pareció tan desgraciada, intuyendo el fracaso del matrimonio de su hijo, que, espontáneamente, hubiera querido reparar la herida abierta con aquella frase. Puse las manos en mi frente, mientras un estremecimiento interior me preguntaba: "¿Y quién tiene compasión de ti?"

No hice comentarios sobre mi malestar y Gastón no se atrevió a preguntar nada. Nos observábamos desde nuestras posiciones, cautelosamente.

Con el resultado "positivo" de los exámenes, consulté a Marta; ésta, a alguien, y por fin tuve la dirección de un médico "especialista".

De inmediato avisé al director que me retiraba de la obra.

VIII

LA NOCHE última, víspera de la intervención, volvía del teatro cuando me alcanzó mi marido. Caminó cogido a mi brazo; no quise mirarlo; resultaba terrible aquel dolor imposible ya de evitar: dolor mutuo.

—No sé qué piensas, pero te ruego no olvides lo que te enseñaron de niña, mi gran cariño, la necesidad que tengo de ti.

Su voz estaba empapada. La debilidad, como el pánico, es contagiosa; tuve miedo de caer en ella. Apresuré el paso en silencio. Se detuvo bajo un farol, reteniéndome:

—Es humillante tener que abordarte en la calle, porque no aceptarías una conversación directa.

—No has tratado de hacerlo.

Frente a nosotros un restaurante con pequeñas luces sobre las mesas parecía cálido, como una invitación; lo señalé con un gesto:

—Entremos.

Un mozo solícito tomó el pedido, colocando

después, frente a nosotros, un buen whisky, hielo, vasos. Pensé que hubiera bastado una botella de vino. Me puse en guardia.

—Estoy desconcertado. Creo que no estaba preparado para un matrimonio como el nuestro. Pensaba que mi mujer debería ser como las que conocí en mi familia, viviendo para su hogar; tuve miedo, quise frenarte. Sé que no entiendes ese sentimiento religioso que me inculcaron desde que nací y me siento ridículo arrodillado en misa, mientras tú me esperas en casa con un aperitivo. Te reconozco méritos, pero que en una esposa tienen doble filo.

El licor contraía mi estómago desagradablemente. Recordé el malestar del embarazo en aquellas horas que se deslizaban sobre las paredes de un cuarto en que me encontraba sola, en silencio. Y, al igual que entonces, recordé cómo me preguntaba por el amor.

Gastón puso su mano sobre la mía a través de la mesa.

—Se trata ahora de salvar esto; pondré toda mi voluntad en ello, pero debes ayudarme. Tendremos más hijos, abandonarás cosas tan absurdas como el teatro, no te visitará gente con la que nada tengo que ver, dejarás de lado lo que impide que seamos felices.

Comencé a impacientarme.

—Ya no puedo renunciar a pensar, es muy

tarde para eso. No me pongas trampas, las conozco.

Dio un golpe en la mesa.

—Es inútil contigo. ¿Qué quieres entonces?

—Te lo dije una vez y me contestaste con violencia. Te lo repito y en definitiva: terminar con esto. No respeto lo que tú respetas; tu fórmula matrimonial es una garrá, es dominio, es lo que estoy viendo a diario, en todas partes, y no me gusta.

—¿A qué piensas llegar?

—Al fin de nuestra vida en común. Me corro los riesgos que esto significa, abro posibilidades para ti y para mí, quiero liberarme de amarraz inútiles.

Estaba tan pálido que las venas se transparentaban azules en su frente.

—Empiezo por decirte que nunca obtendrás una nulidad de mi parte; no te reirás de mí, feliz y casada con otro hombre.

Malestar, repulsión, evité prolongar más nuestra conversación:

—Estoy resuelta; con o sin nulidad he terminado contigo.

Hice ademán de levantarme de mi asiento.

—Estoy muy cansada, me voy.

A mi gesto, corrió el muchacho con la cuenta. La voz de Gastón sonó enronquecida:

—Y como tú tienes la culpa, jamás podré perdonártelo.

* * *

La noche se prolongaba hasta las estrellas. Faltaban minutos para que amaneciera, el espanto era una garra de dedos sangrientos sobre mi vientre; pensé en el castigo, en la muerte.

¿Qué iba a hacer?

Y allá estaba unas horas después. El calmante corrió por las venas insensibilizando el cuerpo, pero la mente se mantenía alerta dentro de su caja adormecida. En el cielo blanco de la pieza, la luz de la lámpara que venía del piso reflejaba un monstruo negro que se movía con lentitud. El dolor era la lucha de la especie por sobrevivir y lloraba por mis ojos. Quebrantaba yo en esos momentos todos los cánones, las normas; me convertía en una réproba que merecía castigo; el horror transpiraba en mi frente, en mis manos, en mi cuello; corría, mojaba mis cabellos, llegaba hasta la camilla. Estaba sola con la muerte en mí. Hice un esfuerzo para hablar:

—Un poco más de calmante, quiero dormir. Perdí la conciencia.

Un dolor sordo en la región del vientre me sacudió como un espasmo: volvía en mí y a la realidad. Me apoyé en Marta, que entró a una in-

dicación del doctor, y caminé a la sala de consulta. Sin una palabra me peinó el moño deshecho y pasó un pañuelo por mi rostro. Con eficiencia me frotó el cuello con colonia. Sonrió animosamente:

—Te vienes conmigo a casa y almorzamos.

En el largo pasadizo hacia la calle desfallecí. Giró el edificio, tuve que apoyarme en la pared. Salimos lentamente.

Dentro del auto, envuelta en una manta, miré los árboles casi desnudos del parque, sin un nido, y lloré con hondos sollozos. Marta manejaba en silencio.

IX

ME GUSTO el departamento, asoleado, pequeño, pero suficiente para el niño y yo. Había visto el aviso de arriendo colocado como una bandera entre dos balcones al ir a casa de mi madre. El edificio se terminaba de construir, alegre, de colores algo llamativos.

Salí de allí resuelta a tomarlo, pero el talonario de cheques no pesaba dentro de mi cartera; estaba absolutamente sin un peso, sancionada al mínimo.

—¿Qué hacer?

Frente al edificio el verde dibujo de una placita ponía un paréntesis entre cuatro calles. Caminé a un banco y me senté a reflexionar. Tenía que hacer brotar dinero de algún lado, dinero mío, para empezar firme, sin hipotecas.

La pelota de unos muchachitos que jugaban rodó hasta mis pies. Agaché el brazo para recogerla y sobre mi mano se amontonaron las pulseiras de oro, regalos de matrimonio: tres gruesas cadenas con algunos sellos y monedas; las miré

con atención y seguí mirando hasta llegar al brillante que en mi dedo daba limpias luces de todos colores. El compromiso.

“Cierra los ojos un momento.”

Había pasado el momento. Después de la obscuridad de segundos, el brillo de un solitario muy puro sobre el fondo negro del estuche.

“Lo usarás siempre; era uno de los aros de mi abuela y mamá lo guardó para anillo de mi mujer.”

Aparté la mirada de la joya, penosamente, y me puse a sacar cuentas de memoria. Podría vivir unos meses, mientras encontrara trabajo. Escondí las manos dentro de los guantes; prefería ya no verla.

* * *

Esa mañana, a pesar de la primavera, estaba fresco. Levanté al niño muy temprano, lo vestí con un gorrito y un abrigo; metido en su ropa, un poco extrañado con las maletas, los paquetes, el desorden, me seguía con la mirada enorme de sus ojos. La empleada que lo había criado se venía con nosotros; hacía bultos en la cocina. Algunas ollas se quedaban en los estantes, destapadas, hambrientas.

Mil recuerdos salían de todos los rincones como enemigos. a herir. a tumbarme. Cogí el teléfono y pedí un taxi con urgencia. Irse de allí pronto, lo más pronto posible.

Gastón permanecía hermético tras la puerta de su dormitorio. Desde nuestra última conversación, hacía algunas semanas, yo dormía en la pieza de mi hijo.

Me senté a esperar; volvía a sentirme débil, temía desfallecer. Una bocina sonó en la calle; la empleada salió a pedir ayuda al chofer para cargar las maletas y los bultos; no eran muchos. El día anterior, en una camioneta conseguida por Marta, había sacado lo indispensable: camas, sillas, una mesa.

Los oía moverse afanosamente. Sebastián y yo estábamos sentados muy juntos en el sofá. Las cortinas de felpa, corridas sobre las ventanas; las reproducciones de Picasso, sobre una mesa, amarradas con un cordel. Volvía a tener la sensación adormecida de la inyección de calmante.

—¡Estamos listos, señora!

Me levanté con dificultad, apagué la luz y el *living* quedó a oscuras. Salimos. Al llegar a la acera, me pareció oír el correr de las cortinas sobre sus rieles, al tirón apresurado de alguien que se quedaba mirando tras los visillos. Abracé al niño muy fuerte cuando arrancó el motor.

* * *

Nos llevó todo el día abrir maletas, colgar y guardar la ropa, tomar medidas para cortinas; mil

cosas que me distraían de pensar en la dimensión del cambio efectuado en mi vida. Eramos de los primeros en ocupar el edificio, lo que representaba una ventaja en cuanto a entrar y salir, hablar fuerte, dar libertad al niño para que corriera por los pasillos y garajes; pero fue un duro inconveniente a las siete de la tarde, al anochecer, y comprobamos que la luz eléctrica no estaba conectada. Se trató de ubicar alguna persona que lo hiciera; fue inútil: esa noche estábamos condenados a la obscuridad. Afuera, en la calle, los focos en sus postes miraban hacia dentro cómo nos alumbraban las velas.

Mi madre llegó cuando anocheaba. Se detuvo en el umbral de la puerta de entrada, abierta, y nos observó en silencio. Me di cuenta de su presencia al volver de la ventana que estaba midiendo. Emanaba de ella esa serenidad que nunca le vi perder, que de niñita me hacía esperarla para comer tranquila y dormir. Como siempre, nos saludamos sobriamente. Sebastián, que la adoraba, corrió a sus brazos.

—Dentro de unos momentos vendrán a dejarte una lista que pedí para ustedes en el almacén.

Un regalo. No esperaba tanto. Con el niño cogido a su falda, se sentó en una esquina de la pieza, mientras yo colgaba mis reproducciones. Acariciaba a su nieto absorta, lejos. Añadió al cabo de un rato:

—Si necesitas algo, lo mandas buscar a mi casa. Por suerte estás cerca.

Yo sabía que había tratado de evitar nuestra separación, incluso aconsejando a Gastón; ahora aceptaba los hechos, estaba conmigo; comprobarlo me dio valor. Golpeé con fuerza la cabeza de un clavo rebelde:

—Gracias, madre.

Me quedé sola. En su cuarto dormía el niño. La obscuridad era un gran inconveniente para moverse con soltura y ordenar. Buscaba cigarrillos cuando oí detenerse un coche. Marta y Nicolás golpearon la puerta alegremente. Yo los había conectado entre sí a la salida de una función en que Nicolás me esperaba. Como mujer mundana, se sintió atraída por aquel extraño y diferente ejemplar de hombre. Lo invitó muchas veces a comer, a conversar, pero él, aceptando, se mantuvo a distancia. La estimaba y le resultaba agradable el confort de su elegante casa. La visitaba sin comprometerse en nada.

Llegaron trayendo grandes paquetes. Al abrirlos, los papeles sonaron ruidosamente: un real banquete. En la única mesa de la casa pusimos la comida; una vela al centro nos alumbraba. Para contrarrestar con dignidad la humedad que bajaba de las paredes recién pintadas, bebimos en abundancia.

Aquella pieza semivacia, casi en penumbra,

con el frío colándose por las ranuras de las ventanas desnudas, provocó en nosotros cierta euforia. El vino ponía su amigable nota reconfortante y abierta. Marta echó atrás la cabeza sonriendo:

—Recuerdo todo lo que he deseado que llegara este momento de limpieza. Así se lo dije hoy a Gastón cuando me llamó por teléfono, esta misma tarde, para pedirme que te hiciera razonar. Está dispuesto a contemporizar en lo que sea posible.

Me encogí de hombros:

—¿Un armisticio?

Nicolás golpeó su plato con el cuchillo:

—No, querida, rendición incondicional. ¡Ay del que retrocedel! Te arrancarán los ojos y te pondrán a la rueda del molino. Cuesta sangre romper, levantar cabeza; la compensación comienza con la soledad, pero ya se ha abierto una brecha: aguanta.

Se fueron muy tarde. Caminaban al coche cuando Marta volvió corriendo:

—He oído algo que puede interesarte respecto a trabajo. Se está formando una cierta repartición de control bancario, me parece, y necesitarán gente. Mientras averiguo, repasa en tu memoria quién podría ayudarte, a quién conoces lo suficientemente importante como para hacerlo.

Volví a quedarme sola. Vagué por el departamento, sin sueño. La emoción excitada con el

vino era una fuerza que me empujaba a actuar, a correr. En un rincón de mi pieza la vela alumbraba un pequeño montón de libros, unos pocos que logré sacar con mis cosas. Leer me pareció la solución mientras venía el sueño. Tomé el primero de ellos: "El Paraíso Perdido"; lo abrí:

"El espíritu lleva en sí mismo su propia morada y puede en sí mismo hacer un cielo del infierno, un infierno del cielo. ¿Qué importa el sitio en que yo resida si soy siempre el mismo y el que debo ser? . . ."

Puse mi cara en esa página abierta, semejante a la mano de un hombre que hubiera entrado trayendo algo del frescor de la calle. Un movimiento involuntario de mis pies desparramó el resto del montón de libros sobre el suelo. Me incliné para ordenarlos. De alguno de ellos se había escurrido, como un duende vestido de blanco, mi fotografía de novia. Acerqué la vela para mirarla mejor. Algo parecido a un inexplicable pudor me impidió siempre dedicarle mucha atención, menos aún enmarcarla. Esa era la copia que guardábamos para nosotros. Recordé que cada vez que visitaba a mi suegra iba a la chimenea y daba vuelta la fotografía a la pared. Una tarde que me sorprendió haciéndolo tuvo un hondo disgusto, fue como si con esa acción ofendiera al hijo de ella.

—Representa el día más importante de tu vida.

Algo semejante había oído de otros días.

La luz amarilla de la vela la alumbraba extrañamente. Pude observarla con atención. El vestido suntuoso, la mantilla de mi abuela, usada por las mujeres de la familia, los mil detalles artificiosos, absurdos, me resultaron definitivamente insoportables. Abrí un *closet* y la disparé a la última de sus divisiones; con un leve ruido seco golpeó la pared; me arrepentí de no haberla roto, pero requería cierto esfuerzo cogerla de nuevo. Allí quedó.

Puse el candelabro en el suelo, cerca de la cabecera de la cama, y me tendí. Comenzaba a sentir los efectos de ese largo día agotador. El cansancio físico dio entrada a la desolación, que irrumpió como un demonio armado de cien cuchillos para cortar la fuerza, el valor, la voluntad. Me quedé metida en la penumbra, inerme, sin recursos. Una negra manta cayó sobre mi conciencia: "¡Culpable!"

El cerco tradicional es infranqueable. Los rebeldes van al infierno. La vela se consumía en su candelabro. Me incorporé con dificultad y caminé a tientas hasta el *living*. En la mesa había quedado algo de aguardiente; lo vacié en un vaso y lo bebí a grandes, prolongados sorbos.

X

LA LUZ eléctrica se hizo al día siguiente. Todo, tan poco, quedó pronto en orden. En el pequeño departamento flotaban los escasos muebles a la deriva; navegaban, se trasladaban de una pieza a otra según las necesidades. Las tres únicas sillas se varaban, a veces, en la cocina. En mi dormitorio, el suelo era la gran mesa en que se colocaban los libros, los ceniceros, la lámpara de noche, todo al alcance de mi mano.

Durante esa semana no salí nada más que a comprar lo absolutamente indispensable. Partíamos con el niño, disfrutando de aquel barrio con árboles y jardines. Frente a grandes casas, grandes automóviles parados a la espera. El contraste de aquel confort con el centro era enorme: allá, la mayor uniformidad de sus edificios no traslucía las posibilidades económicas de sus propietarios; acá, una especie de competencia lanzaba los interiores a la calle. Grandes ventanales impúdicos que se podían violar desde la acera, sobre un

jardín bajo, visible. La intimidad no es una característica de los tiempos.

Me reía y señalaba a Sebastián las muchachas de ajustados pantalones y cabellos sueltos sobre los ojos, bajándose de la motoneta del amigo.

—¿Bonitas?

El me respondía con su seriedad característica:

—No gustan.

Empezaba a ensancharse la retina como si me quitaran vendajes de mucho tiempo sobre los párpados. El sol era más amarillo y brillante, más alegre; algunos árboles brotaban rosados y blancos.

Y quería llegar pronto de vuelta. Me tiraba sobre la cama, fumaba y no hacía nada. Poco a poco iba entrando en aquel mundo nuevo. Por las noches, después que el niño se dormía, me envolvía la cabeza en un pañuelo y solía ir al cine que estaba a pocas cuadras. En la calle desierta, sólo el ruido de mis pasos. Esos días traté de no ver a nadie; necesitaba un baño de soledad, no oír nada que no fuera mi paz interior.

Concluía la semana; pasaron otras.

Una tarde, Marta tocó a mi puerta. Sus primeras palabras fueron una advertencia:

—Recuerda lo que te dije acerca de esa institución que se está formando.

—¿Cómo olvidarlo? Tenía que someterme.

Nos pusimos a la tarea de recordar gente útil a mis circunstancias. Al principio me pareció divertido aquel arrancar nombres —como quien saca ropa del fondo de un baúl—, que vivían un segundo en la palabra animada, para volver de nuevo al olvido. Más difícil resultaba dar con el hada madrina que entrar después a cualquier sitio, a su conjuro y protección.

Encendía un cigarrillo cuando me fijé en el cortador de puros de mi padre, un *stand by* en miniatura, solitario en una mesa.

—Tómalo y consévalo, fue un regalo que le hizo su mejor amigo.

Su mejor amigo, aquel ingeniero alto, que llegaba cargado de chocolates, que me regaló la más ancha de las pulseras vendidas y firmó como testigo en la ceremonia civil, el día de mi matrimonio. Hacía pocos meses mi madre comentó, sonriente, que el Gobierno lo había distinguido con un alto cargo.

—Este es mi hombre.

Los días de retiro terminaban; tenía que salir al mundo, como en los cuentos, a ganarme el pan.

Lo llamé para que me recibiera. La secretaria demostró una perfecta técnica de evasión.

—Anotaré su nombre, teléfono y dirección.

—No anote nada, por favor; pierda dos minutos y déle mi nombre.

—Vuelva a llamar en una hora más.

El temor a que no diera ninguna importancia a mi deseo de hablarle me llenó de inquietud. Esperé con impaciencia, marqué el número lentamente.

La secretaria, esta vez, conectó con él de inmediato. Su voz dio algo de calor y humanidad al aparato:

—Ven enseguida, que te espero.

Volé. En el inmenso escritorio claro y confortable me resultó fácil hablar. Conté simplemente los hechos. Supo que estaba sola y necesitaba trabajar. Tenía ya los datos de la repartición que se formaba y los expuse. Meditó un momento, sonrió:

—Creo que podré ayudarte.

Me bastó; conversamos de otras cosas. Tenía un encanto extraordinario; debía resultar difícil no ser vencido por aquella personalidad avasalladora; comprendí su éxito. Seres que nacen con "ángel", como se dice en el teatro.

Me acompañó a la puerta; nos besamos como antes.

—Vete tranquila.

Estaba invitada a almorzar a casa de mi madre. No tuve paciencia para esperar locomoción entre el puñado de gente, a esa hora, amontona-

da en las esquinas. Detuve un taxi. Miré la masa gris que se quedaba aguardando y pensé en un segundo: "¡Cómo es posible que soporten tanto!"

Pero mis preocupaciones eran muchas para reparar demasiado en los numerosos grupos con que me encontraba ante cada rojo del semáforo. Rostros borrosos, vestimentas borrosas, y desde el automóvil, lejanos, ajenos.

Andrés preparó algo para beber, que despaché de un golpe. Dijo antes de tomar su copa:

—Gastón llamó ayer y habló con mamá.

Me quedé con el vaso en la mano.

—Espera que reconsideres el paso que has dado. Cree que en este tiempo transcurrido habrás pensado todo el mal que te haces y haces al niño con tu actitud.

—¿Qué contestó mamá?

—Que era asunto tuyo.

Adiviné el desprecio en la respuesta de mi madre. No se hizo más alusión al asunto, pero el malestar que quedó en el fondo de mis pensamientos enturbió la claridad de la mañana.

Caminaba a casa cuando vi a mi marido bajarse del auto frente a mi puerta. Debía de haber estado esperando.

—¿No quieres escucharme un momento?

—Te rogaría que fueras breve.

Quedé a la espera.

—¿No me invitas a pasar?

—No tengo tiempo, salgo inmediatamente.

—¿Antes de entrar? ¿Tan llena de compromisos en tan corto tiempo?

Me contenía a duras penas; sentía un fastidio y una impaciencia terribles.

—¿Eso es todo?

—¿Y el niño?

—Puedes avisar a mi madre cuando quieras verlo; te lo llevaré a su casa.

Di media vuelta y puse la llave en la cerradura. Avanzó hasta colocarse a mi lado.

—Estos días te han hecho bien; estás muy hermosa, apetecible.

Abrí la puerta, trató de seguirme al interior; una furia incontrolable se desató en mí:

—¡Te quedas ahí!

—¡Pero qué...!

No le oí el resto. La puerta nos separó con violencia; me quedé parada unos momentos temblando:

—¿Cómo se atreve...!

Caminé al baño a mojarme la cara: ardía. Poco a poco fui tomando conciencia de que hacía cinco años me había casado con él y de que legal y socialmente era mi marido. No bastaba deshacer exteriormente; tenía que solucionar el problema por dentro.

XI

COMENZO, entonces, un período de guerrillas, con intermitencias de uno o dos días. Mi suegra no se atrevió a llegar a mi casa, pero me rodeó de lágrimas que salpicaban desde todos lados. Para ella el golpe resultaba terrible; no le guardaba rencor, la comprendía.

Sorprendí una noche de vuelta del cine, en una esquina, protegido por la obscuridad, el coche de mi marido. Otra, golpes en las persianas de mi pieza. Desperté y me lancé a la ventana. Gastón, parado en el pasto, esperaba pacientemente mi reacción. Volví a la cama, tratando de conservar la serenidad y el pensamiento. Recibí flores, cartas de amor, y, por último, amenazas.

Comía habitualmente en casa de Marta, de mi madre o de Nicolás. A veces, con amigos que, enterados de mi situación, aparecieron a visitarme. Me divertía con éstos y sus esfuerzos galantes. No desechaba la idea del hombre, pero estaba aún demasiado cansada.

Un día me llamaron del Arzobispado a casa de mamá, para que pasara a conversar con el secretario de Su Eminencia. Me concedería una entrevista en una fecha próxima. Tras la llamada telefónica adiviné las angustias de mi suegra.

¿Qué podría contestar?

La salvación del alma inmortal corría opuesta a la realización de mi vida temporal, capital para mí. Respetuosamente me excusé, volví la espalda; pero la cadena legal persistía, no había conquistado aún la total libertad.

Pasaron dos semanas sin que supiera nada acerca de aquel posible trabajo; estaba desanimada y caminé a casa de mi madre con el niño a lo largo del sol por la acera. Leía el diario cuando sonó el teléfono. Su voz era inconfundible:

—Todo arreglado, tienes el puesto. Pasa a verme esta tarde, para que te conozcan.

Me presentó al gerente. Mantuve cierta inexplicable reticencia ante aquel nuevo personaje que iba a ser tan importante en mis circunstancias futuras, un poco amo de mis actos. El apretón de su mano fue blando y húmedo. Preferí abstenerme de un parecer anticipado.

Me comunicó que estaba contratada como secretaria.

—¿Y cuándo deberé comenzar?

En mes y medio más estarían terminadas las oficinas de todas las secciones. Se arreglaban los

pisos que ocuparíamos. Entretanto, montaban la institución el vicepresidente, dos asesores y sus secretarías respectivas. Me sentí casi feliz. Al fin puerto seguro, se despejaba el horizonte. Besé al amigo, olvidé despedirme de mi primer jefe y salí a la calle un poco aturdida.

Iba tan absorta que apenas me detuve a pesar del firme tirón que sentí en el brazo. Tuve una espontánea alegría al verla, ensombrecida por el parentesco tan cercano a mi marido. Traté de seguir de largo, pero me retuvo con cariño.

—Acabo de llegar de Estados Unidos y me he enterado de tu determinación. No supe dónde llamar para decirte que estoy contigo en lo que has resuelto.

Era algo bastante imprevisto. Le di las gracias.

(Entonces, ¿iba resultando menos réproba?)

Nos besamos para despedirnos, la invité a casa y seguí mi camino con cierta satisfacción.

Un matrimonio que se disuelve da el ejemplo: mientras algunos se alegran, otros, los que tiemblan por su insegura tranquilidad constituida, anatematizan contra los rebeldes. Recordé a un amigo del teatro que aseguraba que primero aprueban en el Congreso la ley de reforma agraria que la de divorcio. El bolsillo o el alma. ¿Qué ley saldrá primero? ¿Se podrán detener ambas?

Me llamó la atención la vitrina de una agen-

cia de turismo, en donde un avión de cartón se sostenía entre rascacielos de papel.

Viaje a Estados Unidos cómodamente.

Una línea aérea ponderaba sus servicios. Llegué a mi casa y me tendí un momento. Sebastián corrió disparado a mis brazos y se acostó pegando su cuerpo al mío. Le gustaba acercar el rostro, mirarme a los ojos y quedarse así quieto en silencio. Su gran cabeza crespa, la enorme frente combada, me inspiraban una gran ternura; lo besaba con furia. Siempre tenía algo en los bolsillos que ofrecerme: una flor deshojada, una bolita ganada en la calle, un dulce. Esta vez extrajo con dificultad varios chocolates:

—Papá dio chocolates.

Supe así que Gastón estuvo esperando para invitarme a salir hasta que terminó por aburrirse. Sólo entonces me di cuenta de que no había comido nada, pero aquellas noticias terminaron con mi apetito.

¿Estaría resuelto a no dejarme en paz?

Me senté a pensar. Un par de meses no era tiempo suficiente para convencerlo de que todo no había sido una broma y de que sus esfuerzos de arreglo serían inútiles. Estuve recostada hasta muy tarde. Di de comer a Sebastián y partí hacia casa de Marta. Tenía miedo a cada esquina; me parecía que alguien iba siempre tras de mí.

Por suerte la encontré sola. Dejó el libro que leía y me sirvió de la botella que tenía cerca.

—Ya lo ves, no puede faltarme el remedio.

Empecé contándole mi entrevista de la mañana y lo sucedido una vez más con mi marido. Mientras hablaba, temí quebrarme en llanto, como una niña. Silencio. A través de la ventana miré al jardín de árboles altos que en el verano daban sombra a un asiento de madera y fierro un poco inclinado con los años. Había varios así en el fundo de mi abuela.

Después de almuerzo, en el colegio, en la larga sala que servía de estudio, rezábamos el rosario. Yo permanecía completamente ausente, mientras las voces monótonas se repetían iguales. Aquel murmullo de fondo ayudaba al pensamiento que siempre iba a refugiarse en las enormes piezas de la hacienda. Altos techos, altos catres, días ardientes y noches frescas. Entre los árboles, asientos de madera y fierro. Al fastidio de los rosarios interminables o la advertencia después de la lección dada a medias, me decía como consuelo: “Ya llegará enero y nos iremos al fundo, lejos de todo esto”.

Me dolía el pecho recordar cómo a los cinco años de muerta mi abuela se remataron las tierras amadas y con ello la posibilidad de refugio y escape. Todo un pasado concluido a un golpe

de martillo, sólo para cambiar de mano, sin hacer justicia a nadie.

(“¡Si pudiera escapar de nuevo a ese mundo de paz!”)

La voz de Marta sonó desde el presente:

—¿Cuánto dinero tienes?

Revisé los gastos efectuados, sumando mentalmente:

—Suficiente como para vivir tres meses más.

—Entonces, te quedará una cierta cantidad después que empieces a trabajar.

Me intrigó aquel interrogatorio.

—Sí, ¿por qué?

—¿No has pensado que podrías liberarte de tanta molestia por algunos días, ganándote, además, unos pesos?

—¿Cómo?

—Viajando; a Nueva York, por ejemplo. Con un poco de capital bien invertido recuperas el dinero con creces.

Me eché a reír esperanzada de inmediato.

—Todo un contrabando.

—Exacto. ¿Qué te parece?

Era una posibilidad y la cogí sin tardanza. Marta no iría, pero pondría gran parte del capital; haríamos el negocio en común. Nos quedamos hasta muy tarde sacando cuentas. Teóricamente, todo debería andar bien. Su éxito dependía de mí.

Al bajarme de su coche frente a mi puerta, le estreché la mano:

—Socias al debe y al haber.

Hablé con mi madre sobre el niño. Viviría en su casa mientras yo estuviera fuera. Me divertía pensar en el asombro de Gastón cuando se enterara. . . . Me dediqué al pasaporte, fotografías, investigaciones. Afortunadamente no exigieron permiso del marido; en una semana todo quedó listo. El gran país del norte se abría como una promesa.

* * *

Navidad se vino encima. Y volaría con los primeros vientos del nuevo año.

Sebastián estaba excitado con el alboroto de sus compañeros de juego del edificio, y me resolví a cooperar con su alegría colocando en un rincón visible del *living* un pino de Pascua cargado de luces y de figuras de vidrio. Hacía un efecto decorativo y cálido iluminado por las tardes y rodeado de la admiración infantil como de un cerco.

La víspera, Gastón pasó temprano a recoger a su hijo para mostrarle tiendas y comprarle juguetes. Temí que explotara la ocasión: 24 de diciembre, hogar, mi culpa se agigantaría y él trataría de sacar provecho de mi debilidad. Pero no sucedió nada, casi fue una sorpresa, lo que me hizo sospechar que tuviera compromisos por su parte.

Preparé la comida de medianoche y me senté a esperar a Sebastián. Volvió eufórico, nervioso con las multitudes y las vitrinas atestadas, completamente armado de un equipo de guerra. Se paró frente a mí y abrió fuego con su ametralladora como un perfecto soldado.

—Así mato los enemigos.

Matar. Aleccionarlos desde niños, con los juguetes primero.

—¿Quiénes son tus enemigos?

Contestó, levantando la ametralladora al cielo:

—Todos los malos.

Afortunadamente todavía no sabía leer. Recordé con espanto los quioscos en las esquinas con sus revistas de historietas colgando desde un cordel, llenas de cuentos espeluznantes: espías y enemigos infiltrándose como el terror. Suspiré observándolo. Ya entraría Sebastián en ese mundo con las primeras letras. Evitarlo era tan difícil como impedirle respirar. Los titulares de los diarios, el cine, los juguetes, el odio a los "malos": los contrarios.

Se durmió esa noche pertrechado de todos sus enseres bélicos.

Mamá y Andrés cenaron conmigo. Hicimos intercambio de regalos y bebimos nuestro familiar café con leche y aguardiente. Dejaron bajo el árbol grandes paquetes para el niño y nos despedi-

mos cariñosamente. Antes de meterme en la cama colgué un calcetín del árbol:

—Tráeme, Viejito Pascuero, pan y libertad.

* * *

Punto final al año: 31 de diciembre, víspera del próximo. Marta pasó a abrazarme temprano, después de la peluquería. La noté algo resentida; no le había aceptado un convite en la mesa de amigos comunes. Se trataba de comer juntos fuera de casa. Quería suavizar mi negativa, que ella comprendió pronto, sin mucha dificultad.

—Estás muy hermosa.

Se lo dije sinceramente. El moño era una corona dorada sobre grandes ojos castaños que reían. Traía una botella envuelta en la mano.

—Para que brindes a las doce de la noche.

La besé tiernamente:

—Gracias y felicidad.

Puso su mejilla ligeramente encremada junto a la mía y me acarició la cabeza:

—Esperanzas y felicidad a ti.

La miré irse; antes de subir al coche levantó la mano riendo:

—¡Hay que empezar el año abrazando a un hombre!

El resto del día pasó tranquilamente. La ametralladora de Sebastián trepidaba feroz. Lo oía gritar y comandar tropas en el patio. Hacía calor y las ventanas abiertas a la calle me dejaban en des-

cubierto, sin remedio. Me sobresaltó el rostro de Gastón, aparecido de pronto tras la reja de mi pieza.

—Venía a invitarte a comer, si no tienes otro compromiso.

Aquella forma de proponerlo, empujado infantilmente sobre unas piedras para alcanzar la ventana con comodidad, me hizo sonreír.

—Imposible aceptarte. Iré donde mamá un momento y volveré a casa; no quiero moverme después.

De un salto pisó tierra de nuevo:

—Bueno, no habrá quedado por mí. Tendré que reemplazarte por alguien que estará feliz de acompañarme.

Sonreí más abiertamente:

—Haces muy bien; no hay como una buena compañía.

Se alejó sin volver la cabeza; un pensamiento cruzó liberador: “¿Otra mujer? . . .”

* * *

La noche comenzaba a respirar con más alivio, el calor se relajaba. Terminaba de escribir a Matilde a Nueva York, como hacía siete años, indicándole ahora en forma aproximada la fecha de mi llegada. Me levanté de la mesa. Comería en casa de mi madre, como siempre en ese día. Besé

a Sebastián dormido, lo recomendé a la empleada y partí a pie.

La calle compartía el entusiasmo que se volcaba por las puertas y ventanas iluminadas. Mozos con amplio delantal sobre el uniforme colocaban bandejas sobre las mesas; focos en los rincones de los jardines; chiquillos armados de pitos y voladores contribuían a la algazara. Dentro de unas horas, abrazos, felicitaciones, un segundo de locura colectiva, y adiós al año.

Llegaba a mi destino. Antes de tocar la puerta pensé pretextar cualquier cosa después de comida para despedirme pronto, volver a casa, tomar un hipnótico a prueba de petardos y no ser. Mientras pensaba, Andrés me abrió, riendo —con palabras de efusiva bienvenida—, paso al interior. Divisé más gente, amigos que partirían con la última campanada a terminar la fiesta en otro sitio; seguramente otros llegarían con el primer minuto del próximo año.

Se sirvió tarde la cena. Momentos antes de medianoche estaban todos animados con los aperitivos y el vino. Mi ánimo iba en descenso a meterse a un pasado en calcetines: la vieja casa donde tuvimos que trasladarnos después de la muerte de mi padre, mamá y la abuela conversando en el comedor. Cohetes en la calle sonando dolorosamente en mi pecho de niña. Permanecía, entonces, con los oídos aguzados; el dormitorio te-

nía una ventana con rejas a la calle, me levantaba a los petardos y miraba hacia afuera. Las alegres conversaciones de la mesa no impedían que quince años más tarde continuara mirando hacia esa calle mal alumbrada, con numerosos muchachos disparándose, entre risas, cohetes, fulminantes, luces de colores. Permanecía tras las rejas, absolutamente aparte de su algarabía. Nunca fue una fecha feliz. Penaban esa noche cien fantasmas. La voz casi olvidada de papá, los castigos de mi abuela, mamá enferma levantando valientemente la cabeza para beber algo. Más luces que no eran de colores, sino blancas y negras.

Fue pasando el tiempo, y, a veces, lo recibíamos fuera de casa. Pero la misma sensación desolada gemía en la sirena que anunciaba el año entrante: otro más como una interrogante.

Volví al presente en la sonrisa hermosa de mi madre. Medianoche. Recordé a Marta: "Empezar el año abrazando a un hombre".

Al conjuro mental, uno brotó a mis espaldas apretándome fuerte:

—¡Felicidades!

Nos dispersamos pronto. El rito se había cumplido. Salí a la calle aliviada de volver sola por la vereda. Fresco el verde de los árboles, muchos automóviles, todos parecían haberse vaciado a las calles. Pinos iluminados en los jardines. Me acomodé dentro del chal. Tenía que observar cuida-

dosamente los meses que vendrían. Ya no podía, ni siquiera formalmente, apovarme en nadie. El soporte tenía que estar acuñado dentro de mí misma. Seguí caminando; el champaña de Marta me esperaba en la hielera.

XII

LA NOCHE anterior a la partida comí con Marta y Nicolás en el pequeño departamento de nuestro amigo. Sobre su escritorio, papeles. Marta preguntó con interés:

—¿Escribes?

Y él contestó agitando negativamente las manos:

—No, querida; algo mucho más difícil, vivo.

Me despidieron con cariño. Las preguntas quedaban en suspenso: ¿Cómo resultaría el negocio? ¿Cómo me sentiría desde abajo buscando el firmamento entre los rascacielos?

La emoción rondó en la noche y el sueño se mezcló a sobresaltos.

Salí temprano. Sebastián a esa hora dormía en casa de su abuela. Para él, yo había partido ya. Primera vez que volaba tan alto. Conocía el idioma y eso facilitaría las cosas. A la extrañeza de mamá ante el hecho de que viajara sola, había contestado recordándole a Matilde que vivía en Nueva York y quien estaba al tanto de mi llegada.

Subí al avión con la dirección de un hotel de precio módico. Hice un gesto de adiós a los amigos y un momento después corríamos por la cancha a coger el cielo.

Me recosté en el asiento. Todo quedaba atrás. Nada más que mi propia piel que proteger y la palabra protección carecía de sentido a más de cien metros de altura; estaba en otras manos. Ofrecían revistas; abrí una: historias de amor con fogosos idilios, aventuras policiales vomitando fuego; pasar el rato sin costo de pensamiento, a bajo precio.

¿Es usted un artista?

Era otro de los interminables y tentadores tests para adular al lector. Preguntas que contestar y dibujos que elegir; luego el veredicto final en la última página. Dos amigas de viaje anotaban sus contestaciones con gran entusiasmo. Cerré los ojos.

¡Qué agradable poder estar en silencio!

Por fortuna el asiento a mi lado permanecía vacío, pero aterrizaríamos varias veces en esas treinta y seis horas de vuelo y era de temer que alguien lo ocupara.

“En fin, a la primera palabra que oiga, finjo dormir.”

La camarera, una agradable muchacha, nos dio de almorzar. Alta, bien hecha, parecía sacada

de un aviso de propaganda que ofreciera cualquier cosa, desde un desodorante a una coca-cola. ¿Qué es lo que las resuelve a entrar a este trabajo? ¿El amor a la aventura, la posibilidad de un marido económicamente conveniente, como será el ochenta por ciento de los hombres que pueden viajar "vía aérea"? "El millonario y la camarera", como cierto título de una película.

Dormí poco. La falta de sueño de la noche pasada me mantenía amodorrada y la vibración llegaba a mi estómago convertida en una sensación desagradable. El malestar aumentaba con cualquier movimiento brusco. Cambio de tierra a espacio, ese cambio que el hombre soñó desde que vio los pájaros, debería resultar psicológicamente difícil para la naturaleza humana, al menos para la mía. Lo que el hombre ha deseado. Se reconstruyen los orígenes del ser pensante desde el hueso apenas delineado en los museos. ¿Se podría reconstruir la angustia del hombre desde sus orígenes?

Durante dos meses fui al psiquiatra. Me tendía en la camilla y comenzaba a hablar. Siempre un rodeo amplio eludiendo la ciudadela amurallada de las represiones. Allí estaba como en un confesionario, pero sin absolución externa, dispuesta a eliminar la necesidad de justificaciones para existir.

¿Superaremos la necesidad de la psiquiatría?

El cine, otra pauta de la época, ha ampliado sus films de neurosis a los problemas de la juventud. La enfermedad se hace torrente desde los primeros años.

La camarera pasó ofreciendo diarios. Tomé uno de Estados Unidos. La página larga, rectangular del primer cuerpo, ofrecía diversas noticias del mundo. Las más destacadas eran fotografías de niños felices en Pascua, familias modestas subvencionadas por alguna institución de caridad: migas del banquete.

Tiré el diario al asiento vecino aún vacío. ¡Dios! ¡Qué difícil ver en medio de tanta contradicción! Hasta allí suspendidos en el espacio llegaban las emanaciones de la tierra desde todos los ángulos; el pensamiento saltaba de un punto a otro, todo de golpe en un primer plano. Nicolás reía con la boca y el estómago: “¡Allí está Camila preparándose para su primer matrimonio!”

Su hermana tiene diecisiete años. Los niños, el mío, juegan a matar; las tiras cómicas se amontonan en sus veladores; en ellas el valor se prueba liquidando al adversario. . . , lo más rápidamente posible. El Papa excomulga a los marxistas. ¿Qué puede importarles si son ateos? Preserva su propio rebaño de la contaminación con el anatema.

Por primera vez pensé en escribir un libro; sería como una catarsis, no contar nada: gritar, dejar los tonos menores, tono mayor sostenido.

El malestar del estómago aumentaba. Tuve náuseas, la muchacha acudió solícita a mi llamado:

—No se preocupe, use el cartucho y tome después estas píldoras.

Obedecí mansamente. Me sentía mejor; el sueño se deslizaba desde el ronquido acompasado de los motores; oscurecía.

Aterrizamos y despegamos varias veces. Tomé café en aeropuertos a los que me llevaban dos piernas temblorosas. La sonrisa de nuestra camarera era la orden de almorzar, comer, descansar; nos sometíamos siempre.

Cuando volamos sobre Nueva York, la emoción me pegó a la ventanilla. Las cuatro de la mañana; abajo y de costado, luces; al frente, luces; al otro lado, luces. Sin glóbulos rojos: focos. Del aeropuerto al terminal por calles dormidas, frío, invierno.

A mi hotel, Broadway con la Treinta y Dos. Subí con el amodorrado recepcionista en el ascensor hasta el piso quince. Un cuarto y un baño, una pequeña cocina de dos platos en un rincón. Salió el hombre y me acerqué a la ventana. La visión cambiaba a como la vi desde el avión. Estaba frente a frente a otras ventanas, más abajo que la mayoría. No tenía sueño, y el cuerpo, otra vez en tierra, se regocijaba y quería moverse, actuar. No

eran horas para eso, pero se resistía, había olvidado sus hábitos en dos días en el aire.

Comencé a desvestirme. Tenía aún dos semanas por delante para irme sorbiendo la ciudad. Mi último pensamiento fue: "En cuanto despierte, llamo a Matilde."

* * *

Abrí los ojos y salté al reloj. Las once de la mañana; me contuve de correr a la ducha. ¿De dónde este apuro siempre latente? ¡Qué importa la hora!

Hablé con mi amiga por teléfono. Hacía muchos años que nuestras relaciones dependían de hojas de papel aéreo; oírle me emocionó tanto que sólo nos dijimos cosas triviales. Almorzaríamos en su casa y saldríamos luego a recorrer Nueva York. Me vestí para ella. Estábamos en quinto año de humanidades cuando el padre de Matilde fue enviado como cónsul a Estados Unidos. Habíamos sido inseparables desde que ella llegó de Europa, cuatro años antes. Su extraño tipo de celestes ojos rasgados, con el cabello peinado en una sola trenza a la espalda, me llenó de curiosidad y simpatía. Durante su primer recreo se apartó del resto con timidez; le tiré la pelota que tenía en las manos:

—¡Cógela rápido!

Hasta que se marchó fuimos íntimas. No me

gustaba el ambiente de su casa —excesivamente religioso—, pero pasaba allí casi a diario. Su padre preconizaba, abiertamente, la más antigua e intransigente educación femenina y su madre se entregaba por entero a las prácticas piadosas y a las instituciones de caridad. Todo resultaba tan en contradicción con lo que yo había leído sobre el sofisticado mundo diplomático, que me parecía aquella forma de vivir un total contrasentido. Se trasladaban de países metidos en sus conchas. Me burlaba de tanta intolerancia.

—¿Cómo se las arreglaban en Europa para recibir a los divorciados?

Matilde me miraba con asombro.

—Tenían que cumplir obligaciones de carrera.

—Y si te enamoraras de un hombre anulado, ¿qué pasaría?

—Tendría que irme y no ver más a mis padres.

Esto le parecía totalmente lógico. Yo llegaba a mi casa tan impresionada, que se lo contaba a mi madre. Esta se encogía de hombros con desdén:

—¡Fanáticos!

El problema del sexo atormentaba a Matilde. Le producía estremecimientos el que apareciera, aunque velado, el tema de la relación entre hombre y mujer.

—Debe ser terrible.

A mí el asunto jamás me causó mayor preocupación.

—Yo creo que la estamos pagando por Adán y Eva. ¿Cómo sabes si la desobediencia no fue sino la tentación del sexo y Adán cayó incitado por su compañera?

Me decía esto muy bajito, como para no oírse. Me reía de sus temores.

—Habría que creer, entonces, en eso de nuestros primeros padres.

Se quedaba atónita.

—¿Tú no crees?

—No sé creer a ciegas, como tú.

Mi posición de duda la fascinaba. Un día que hacíamos caligrafía me señaló una de las frases que teníamos que copiar y que encabezaba la penúltima página del cuaderno: "El que ama el peligro perecerá en él". Contesté mostrándole despectivamente otra, de las primeras: "Nunca es más grande el hombre que de rodillas".

—¿No te parece repugnante?

La madre, que leía su manual de oraciones, levantó la cabeza; como siempre, fui a parar castigada a la galería que se alargaba frente a las salas de clases, mientras Matilde, con la cabeza gacha, seguía escribiendo.

La víspera de su partida estábamos juntas, encerradas en su pieza para no ver ni oír todo el

movimiento de gente que entraba y salía. Me sentía desolada. Ella, como de costumbre, apacible.

—¿Seguirás medicina, como piensas?

—No sé, a lo mejor periodismo.

Habló ansiosamente:

—No dejes de estudiar, prepárate; quién sabe lo que puede suceder, lo que tengas que sufrir; ¡eres tan diferente!

Sonreía con aquella timidez que conservó siempre.

—Me has provocado mil dudas, te he tenido un poco de miedo, ¡tanta crítica, tanta rebeldía!

Esa confesión equivalía a una despedida; me abracé a ella.

Nos escribimos. En cada hoja enviada le iba contando mi vida. Durante siete años, en forma más o menos regular, llegaban y salían las noticias. Me comunicó un día que se casaba con un muchacho que trabajaba en una firma de automóviles. Saqué de la carta la fotografía de un hombre joven, rubio, agradable. Pasó el tiempo, tenían ahora dos niños y esperaba un tercero.

Salí a la calle a coger un taxi. Gran movimiento de vehículos, gente apresurada, el Metro lanzaba seres humanos que se escurrían a la carrera.

Vivían muy bien ubicados frente al Parque Central. Me detuve unos momentos delante de la

puerta de su departamento; un inexplicable miedo latía aprisa en mi pecho. Golpeé la puerta con los nudillos. Abrió ella misma.

Nos dimos la mano y la miré. En el mismo interesante tipo de mujer observé algo que nunca antes había notado: el profundo parecido a su madre. Los seis meses de embarazo eran evidentes —yo podría estar igual que ella—; quedé dolida, parada en el umbral. Tiró de mi mano y entré. Sus ojos me recorrieron, los sentí tropezar en cada una de mis arrugas nacientes:

—¡Cómo has cambiado! Estás hermosa, pero distinta.

—Hemos vivido, Matilde.

En la casa no se oía un ruido.

—¿Y los niños?

—Duermen la siesta; soy absolutamente a la antigua para educarlos; es la única forma de estar tranquila.

Caminé sin contestar hasta la gran ventana sobre el parque. El inmenso campo amarillo en esa época, los cochecitos a caballo frente al Hotel Plaza, los automóviles de colores fuertes corriendo en direcciones opuestas o paralelas; encima de todo, el cielo gris.

Sentí una tristeza insoportable. Pensé besarla, abrazarla muy fuerte, sin dejarla hablar. Puse la frente en el vidrio; seres humanos se movían abajo sobre el cemento; hierro, latón vidrio, par-

que, árboles domesticados: una ciudad. Me absorbí en la contemplación y escapé al momento.

—¡Tú siempre tan especial!

Me di vuelta; estaba sentada en un amplio sofá.

—Le he hablado mucho a Vincent de ti. Ahora cuéntame, por favor, cómo fue que en estas circunstancias te permitieron salir...

—¿Permitieron?

En realidad, no la entendía.

—Quiero decir cómo te autorizó Gastón a venir, recién separados.

—Nada tiene que hacer Gastón, ni siquiera le consulté, hemos terminado.

—Pero no anularás tu matrimonio.

—Todavía no lo acepta.

La mirada en el fondo celeste de sus ojos se transformó en piedra.

—Se está llegando muy lejos.

Traté de sonreír:

—Y tú dices eso en Nueva York.

—Da lo mismo el lugar; los principios van con el hombre donde el hombre va.

—Me recuerdas una de las frases que copiábamos en el cuaderno de caligrafía.

—No importa que te rías, yo creo en eso.

Conocía el asunto; cambié de tema. Al poco rato llegó Vincent, un norteamericano simpático

y cordial. Cambiamos la conversación al inglés. Durante el almuerzo él dijo de pronto:

—Es muy probable que tengamos que trasladarnos a Chicago; creo que allí seré jefe de ventas.

Su mujer no mostró ni entusiasmo ni pesar.

—¿Antes de que nazca el niño?

—Probablemente.

Dejé pasar una hora después de almuerzo y di una excusa para partir. No se habló de recorrer la ciudad. Lo único que sentí al salir fue no haber conocido a los niños. Hui por el ascensor, alcancé la calle y respiré.

(“¡Qué fuerte es el pasado! Allá arriba Matilde se ha quedado lamentando; acá abajo, yo lo siento dentro de mí como una rueda de molino.”)

Terminaba una correspondencia de siete años.

XIII

CAMINE como otras tardes en mi patria, caminé a lo largo y a lo ancho por un par de días. Encendía la radio por las mañanas:

—*¿Amaneció nervioso? Tome una píldora XX y se sentirá maravillosamente.*

Dormía ocho horas para tener fuerzas y mantenerme en el escenario callejero. El tercer día sonó el teléfono. La voz de Matilde se oyó clara, precisa.

—Ayer murió Gabriela Mistral. A las once se le dice una misa en San Patricio.

Llegué temprano a la iglesia. Allí estaba tendida bajo la inmensa bóveda, entre sus cuatro paredes de madera, en paz. La mitad de los asientos se ocuparon. Oía conversar y cuchichear en español; no quería mirar por temor a toparme con alguien y tener que cambiar frases amables a la salida.

Sacaron la urna miembros de la Embajada; tras ellos fuimos colocándonos los asistentes. Avanzamos lentamente mientras afuera el frío

acechaba como una fiera. La pusieron en un furgón que tuvo que aguardar un momento antes de tomar su dirección en la calle; el tráfico denso rodaba rápido. Miré alejarse el vehículo, detenerse ante la luz roja y proseguir después, casi perdido entre los otros. Me di cuenta de que estaba llorando. Descendí las escalinatas de la Catedral y entré en la vereda con la gente que se movía; deseaba alejarme pronto. Caminaba con el frío en contra. Pasaban hombres, mujeres, cientos de rostros distintos, tan impenetrables como el mío para ellos; edificios monumentales sobre nosotros, miles de ojos que miraban desde arriba, sin ver. Las tiendas de escaparates suntuosos a mi derecha, tiendas cuya etiqueta se paga cuadruplicada en mi país. Recordé, entonces, que debería empezar a comprar; miré a través de una ancha puerta vidriada y vi docenas de vendedoras en un movimiento agotador, cuya solicitud sería absolutamente incapaz de tolerar en ese momento. Según antigua costumbre, me fijé una fecha: "Pasado mañana comienzo mi tarea".

Descubrí que tenía hambre cuando el vaivén de una puerta dejó salir olor a carne y café. Entré. Sobre las mesas, alegres géneros de colores fuertes. Me instalé en una de ellas y miré la lista.

¿Qué hora sería? La una de la tarde. Mi programa carecía de horarios para todo y disponía de

dos días para vagar, observar, no hacer nada ni hablar a nadie. Como un fantasma brotó, en un segundo, el recuerdo de que en mes y medio más estaría sentada en una oficina, trabajando.

“Ganarás el pan con el sudor de tu frente.”
La terrible maldición de Dios al hombre caído. Y a la mujer: “Parirás tus hijos con dolor”.

Sorbí el café con infinita resignación: “Ambas maldiciones me tocan”.

Llegué al hotel anocheciendo. El recepcionista me alcanzó la llave y una nota:

¿Cómo es posible que te escondas así? Esperame a las nueve y no te arranques. DANIEL.

¡Daniell!

Me acordé que estaba en Estados Unidos desde hacía tres años; pero lo imaginaba en Los Angeles, a mil leguas de Nueva York.

Hacían juntos las tareas con Andrés, encerrados en el dormitorio de mi hermano bajo siete llaves; por el vano de la puerta se escapaba el humo de los cigarrillos prohibidos a sus quince años por mi madre. A veces lo cogía en la escalera:

—Daniel, ¡ayúdame con la geometría!

Pese a los rezongos de Andrés, se instalaba en mi pieza con los cuadernos y el libro. Era tan alto que le quedaba incómodo mi escritorio, una pequeña mesa con algunos cajones. “Esto no sirve para nada.”

Y se recostaba en la cama, atravesándola, con la espalda apoyada en la pared. Me producían fascinación su porte, los anchos hombros, los músculos elásticos bajo la ropa.

Estudiaba leyes cuando, de pronto, avisó que se marchaba. Al despedirse lo besó mi madre, lo abrazó Andrés y lo besé yo por primera vez.

“Me voy a buscar ángeles a California.”

(“¡Qué pena, era tan alegre!”)

Llegaron tarjetas para nosotras y cartas para mi hermano. Luego, con el correr del tiempo, las noticias disminuyeron.

Apareció a las nueve en punto. Llenó el marco de la puerta con su figura. Me levantó del suelo al abrazarme; suspendida en el aire, pegué mi mejilla a la suya.

—¡Qué agradable verte!

Estábamos emocionados. Se sentó en mi cama, como entonces, mientras yo terminaba de arreglarme.

—¿No vivías en California?

—Tuve que venirme a tratar de hacer nido en el momento.

Parecía tan contento que le acaricié la cabeza como a un niño. Me llevó a un pequeño bar a beber algo, antes de comida. Nos sentamos frente a frente, y, debido al porte de las mesas, muy juntos.

—¿Qué haces tú aquí?

Cerré los ojos y conté todo lo transcurrido en esos meses, como en confesión, sin saltarme nada, deteniéndome unos instantes, para proseguir después.

Bebimos varias copas. La tibieza del ambiente, el confort y el alcohol soltaron la amarra de esos días de silencio y soledad. A Daniel parecía sucederle lo mismo; hablaba de su vida de tres años, como por primera vez:

—Llegué a Los Angeles y trabajé en diversos oficios, desde lavar platos y automóviles a vender cerveza y dar clases de español. Un día me escribieron de Chile que aquí me esperaba un buen empleo. Uno de esos parientes todopoderosos, con relaciones financieras en Norteamérica, accedía a las súplicas de mamá, que temblaba por mi suerte en el extranjero.

Se agachó sobre las manos cruzadas en la mesa:

—Me vine, no tuve problemas. Pero vivir en esta ciudad resulta terrible, duro como la piedra o el metal de sus edificios. Durante esos meses estuve como anonadado. Mi contacto con el mundo de la calle era el *sorry* de las gentes. Llegaba en las noches a mi departamento, me metía en la cama y lloraba a sollozos. Traté en algunas ocasiones de visitar compatriotas; pero la mayoría de ellos están en misión oficial o como turistas y

es poco lo que puede ofrecerles un hombre en condiciones modestas.

—¿No pensaste en volver?

—¿Como el hijo pródigo? Jamás. Salí contra las lágrimas de mi madre, a la aventura, hastiado del círculo que aprieta, limita y está siempre en la razón. Por lo menos, aquí me reventaba solo.

La misma historia. Recordé a Nicolás huyendo por la playa hacía cinco años. Miré a Daniel estremecido aún por lo relatado.

—¿Cuánto más piensas soportar, antes de reventar solo?

Sonrió.

—No lo sé. Todo depende de todo.

—Pero lo nuestro está allá, allá hay que volver.

—A lo mejor tienes razón, porque cuando te vi en San Patricio, tan aparte del resto, se me entró todo el pasado en un remezón, es decir, el buen pasado, tu madre, tu casa, tus tareas, Andrés. De pronto desapareciste y no te pude encontrar. Afortunadamente, Matilde tenía tu dirección; he corrido al hotel con pánico de oír que no estabas.

Nunca habló de su familia. A veces se quedaba en nuestra casa por semanas, compartía el cuarto con Andrés y nunca sonaba el teléfono preguntando por él. Entre los libros y sus artículos personales colocaba sobre la mesa la fotografía de

su madre, una hermosa mujer de ausente sonrisa.

La música era tan lánguida que se arrastraba entre las mesas. El consumo se agigantaba. Señalé la cuenta:

—A medias, como buenos camaradas.

Soltó su alegre y potente risa:

—No hay necesidad; sabrás que se terminó el dinero cuando grite; ahora a comer y bailar.

Detuvimos el taxi que nos dejó frente a un portero de librea que corrió a abrirnos la portezuela. Entramos.

La pista verde como el fondo del mar; nos sumergimos en ella muy juntos, sin hablar. En el jazz nos movíamos como en una ola tibia. Bebimos más y comimos algo. La orquesta era una orden, me daba la mano a través de la mesa y obedecíamos. Estábamos llenos de palabras, sin pronunciar ninguna. Fuimos los últimos en salir. Caía la nieve; puse mi cara a su contacto helado. El alcohol y el frío producían corto circuito. Pensé que me había emborrachado, mientras Daniel se convertía en una boca que me besaba convulsivamente. La vida no es siempre un valle de lágrimas. Volví muy tarde al hotel.

Alterné compras, mañanas interminables metida en tiendas, con tardes frente a un agradable café capuchino, a la italiana, en rincones alumbrados por una pequeña vela que iluminaba la mesa.

Salía a cumplir mi tarea de elegir ropa entre miles de vestidos colgados a la curiosidad femenina, que los mira, los da vuelta, y, a veces, los acepta. Jamás me resultó agradable la voz chillona de la vendedora, sonriente con cada nueva elección. Llegaba a mi pieza con náuseas, miraba con horror las cajas amontonadas y juraba que sería la última vez.

Por las tardes recorría la ciudad con Daniel, liberada de esas horas terribles de combinación de colores, accesorios, ropa interior. Cogida a su brazo entraba a los anticuarios y a las galerías de arte, al cine y a los conciertos. Conversábamos hambrientos, apresurados; los días se iban rápido. Caminábamos. Un sol pálido hacía macilento el gris de los edificios. Se soltó de mi mano y después de un silencio me entreabrió el abrigo y puso el oído sobre mi pecho totalmente sordo al ir y venir de la gente por la vereda.

—Oigo latir tu corazón. La sangre corre tibia por las venas, corre a torrentes, ¡aquí! ¡Entre rascacielos, cemento y mecánica!

Sentí algo de piedad por aquella broma que sonaba amarga.

—Vuelve, ¿qué esperas?

—Nada, absolutamente nada; lo mismo aquí que allá. . . , me quedo todavía.

* * *

Cocinaba en su pequeño departamento mien-

tras yo me encogía en el enorme sofá. No queríamos pensar que en un par de días más todo esto sería un recuerdo. Servía tallarines en los platos.

—Como ves, un excelente marido en potencia, aunque sin mucho que ofrecer, como diría nuestra buena gente.

Sonreía con la olla en la mano.

—Querido mío, soy aún mujer muy casada.

En la cocina piteaba la tetera hacía largo rato.

Tuve que decirle adiós. El plazo concluía, en las maletas no cabía un guante más. Fuimos hasta el aeropuerto en el auto de uno de sus compañeros de oficina. El vuelo era casi a medianoche, entregamos los bultos y nos paseamos a la espera, sin hablar, hasta que la voz metálica del altoparlante nos avisó la salida.

Besé a Daniel y lo di vuelta cogida a sus manos.

—Camine a la salida, mientras yo corro al avión.

Ya en la cancha, traté de buscarlo con los ojos. Lo vi por última vez, de espaldas, sin moverse.

XIV

EN CUANTO estuve sentada en la cabina pedí a la camarera píldoras, animada de un doble propósito: evitar la desagradable sensación del mareo y dormir.

El viaje lo hice entre sueños. Pasaron las horas; por la agitación de algunos pasajeros, me di cuenta de que nuestro país nos recibía tendido en el desierto. La emoción se trizó en mis pupilas; lo divisé desde arriba inmenso y solo bajo el sol; inmensa y entregada mina vaciándose en inglés. Después algunos árboles y luego, más al sur, el verde amarillento del verano. Llegábamos. "Ponerse los cinturones." La Virgen en el cerro; cogíamos la cancha.

La aduana me pareció fiera como un examinador: a mayor severidad, menos ganancia; pasarlo con gloria era imprescindible. Todo salió perfectamente.

Apenas cupieron las maletas en el coche de Marta. Traía una curiosidad agigantada por la distancia:

—¿Y Sebastián?

Nada había sucedido de importancia en esos quince días. Manejaba sonriendo con malicia.

—Hay algo que no imaginas.

—¿Qué cosa?

—Gastón sale con una muchacha que lo contempla como venido del cielo; lo he visto con ella.

Era una espléndida noticia.

—¿Será capaz de echarle el lazo? ¿Cómo se ve?

—Bueno, querida, no pidas demasiado; dentro de su clase no está mal. Además, pueden suceder muchas cosas.

—Es cierto, pueden suceder muchas cosas. La tarde brillaba con el sol.

Pasé a saludar a mi madre y a recoger el niño. Instalada de nuevo en mi hogar, todo me pareció más fácil. Nos dedicamos a abrir maletas y hacer anotaciones; trabajamos sin descanso hasta muy tarde; a medianoche teníamos cada pieza con su precio en el respectivo gancho colgada en un *closet*, mientras, en un rincón, las maletas con el vientre vacío me traían recuerdos de la época en que se llenaron. Nuestras amigas y amigas de nuestras amigas esperaban listas la orden de ataque que fijamos para el día siguiente. Lo que sobrara se guardaría para la iniciación de la temporada de invierno.

Esa noche estuve, otra vez, multiplicando, dividiendo y descubrí que podría quedarme una entrada mayor de la que había supuesto. Esto era importantísimo, ya que, seguramente, demoraría en obtener una cantidad apropiada de Gastón para el niño; estaba cierta de que se defendería dándose la disculpa de que cualquier beneficio monetario representaba un premio para mí y yo merecía castigo, aunque éste significara, también, castigo para su hijo. Me sonreí pensando cómo explicaría esto a su abogado cuando llegara el caso.

El dinero ganado me alejaba; segura económicamente, ¿cómo podría cogerme? Ya no estaría en vigencia aquello del respeto debido a quien lleva y mantiene los gastos, su última arma descargada contra mí.

“Estira la mano y agacha la cabeza.” Ley universal. Me dormí con el papel lleno de números sobre las sábanas.

Los días siguientes fueron agotadores. Las mujeres se sucedieron en mi casa —hasta detrás de las puertas se desvestían—; Sebastián se paseaba atónito entre tanta piel semidesnuda; yo ponía entre sus manos un chocolate y lo mandaba a jugar al patio. Parado en la puerta, me dirigía una mirada de asombro; le guiñaba un ojo con complicidad y desaparecía sonriendo a medias.

Al cabo de una semana de estas terribles jornadas vendimos casi todo. En las noches sacábamos cuentas remojadas en el whisky comprado en Panamá. La última de ellas nos amanecemos. El remanente se guardó en casa de Marta; allí quedaría hasta los primeros nublados de marzo.

El balance al Haber fue un largo suspiro de alivio, pero . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XV

LA FECHA de mi formal entrada a la lucha por la vida se acercaba. A horas de ella tenía una opresión al pecho como aquella que me hería en los momentos cruciales de mis años infantiles. Los conocimientos relacionados con trabajo de oficina se reducían a lo oído de terceros, casi siempre quejas en broma. Nicolás, que estuvo un mes empleado como traductor en una compañía minera, se retiró, a pesar de ganar un buen sueldo. Sin mayores comentarios me dijo:

—Es dinero muy caro, no compensa.

Pero yo no podía darme ese lujo. Y llegó la mañana en que solté las amarras y me hice a la mar. Un vasto océano salpicado de pintura, en donde aún se paseaban obreros que me observaron con gran curiosidad cuando pregunté a un portero por el gerente; di el nombre y fui conducida a su presencia. Se portó amable y cordial. Llamó por teléfono a otro personaje que apare-

ció de inmediato y de quien sería la secretaria. Todo sucedió rápidamente.

La máquina de escribir: un dragón de San Jorge que había que dominar. Me puse a la tarea. Nuestra oficina era clara, con vista a la calle, frente a otro edificio que comenzaba a elevarse y que nos dejaría ciegos. Mi tiempo contaría fuera de las horas de trabajo: de nueve a seis.

Mi jefe, un hombre joven, poco más de treinta y cinco años, me llamaba por el citófono, algunas veces al día, para entregarme cartas y artículos que traducir del inglés. No había contado con eso; mis conocimientos del idioma alejábanse bastante del lenguaje técnico, pero me metía en ello, y, mal que mal, artículos y cartas conducían hasta el cheque de fin de mes. A las otras secretarías casi ni las había visto. Los días siguientes fueron semejantes a los primeros. Almorzaba en cualquier sitio un *sandwich*, un vaso de leche y retornaba a mi escritorio. Una mañana apareció a conversar conmigo una de las taquígrafas a quien divisaba siempre con su cuadernillo abierto, descifrando signos velozmente sobre el teclado; fuera de un saludo por las mañanas no había tenido ocasión de hablarle.

Se sentó frente a mí; tenía una agradable sonrisa.

—Venía a preguntarte si podríamos almorzar juntas.

Acepté encantada. El rodaje de esos pisos llenos de gente moviéndose, contestando teléfonos, cuadrándose al citófono, era para mí, a la semana de llegar, todavía, absolutamente ajeno. Fuera de una idea elemental sobre la razón de ser de nuestra institución, miraba su desarrollo diario con una ignorancia total.

Mi compañera contestó a mis preguntas con bastante precisión. Había entrado de las primeras y asistido, por lo tanto, a las reuniones de directores y jefes recién nombrados.

Después de hacer el pedido al mozo, dijo maliciosamente:

—Has tenido suerte, se rechazaron tres secretarias y sólo consideraron tu admisión; por cierto venía acompañada de antecedentes contundentes.

Comprendí la alusión: primaba la jerarquía del protector. La miré atentamente. ¿Qué podía contestarle? Sentí un tremendo cansancio, y repetí en forma maquinal:

—En realidad he tenido suerte.

Comíamos en silencio. Sus pálidas manos me recordaron la rapidez con que se movían sobre el teclado. Pregunté, por decir algo:

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas?

—Aquí dos meses. Antes, tres años en una oficina fiscal; con ayuda e insistencias logré el traslado.

—Te ves muy interesada en lo que haces.
Sus ojos se llenaron de asombro.

—¿Interesada? ¡Lo único que te faltaría añadir es que me gusta muchísimo tomar taquigrafía horas enteras! . . .

—Bueno . . .

—Me desagrada del todo, pero tengo que vivir, ayudar en mi casa y vestirme. Al salir del colegio, ser secretaria era lo más corto para ganarse la vida. Ahora lo hago mecánicamente, pero ¡lo que me costó!

No dije nada. Pensé en las mañanas arrastrándome de la cama al baño y soltando la ducha sobre el cuerpo aún dormido. Terminamos de almorzar y salimos a paso rápido.

Mi jefe no había llegado. Me paré frente a la ventana a mirar ese mundo que corría a meterse en las oficinas. ¿Estarán satisfechos con lo que hacen? Nicolás reía otra vez: “Renuncié, querida; no hay sueldo capaz de pagar úlceras, úlceras abiertas en el desagrado”.

Abajo, en la calle, una muchacha se bajaba apresuradamente de un taxi y se abalanzaba a una puerta. Desde la maldición de Dios golpeaba el imperativo: “¡Trabaja!” Para la mayoría, sin sentido, sin entusiasmo, por deber, no por conciencia de futuro: trabaja.

El citófono habló para pedirme unos papeles. Mi jefe había llegado.

Y las semanas volaron. El tiempo que me pertenecía fuera de horario se dividía entre Sebastián, alguna invitación a comer y vagar como siempre. Caminaba hasta una fuente de soda que se abría a pocas cuerdas de la casa y echaba monedas al tocadiscos. El dueño me conocía ya y no necesitaba consumir nada para sentarme a cualquier mesa unos minutos. Incluso me enviaba, a veces, un refresco con la empleada. Aquel sitio era el término que me imponía cuando salía a la calle a respirar y pensar.

Obscurecía más temprano, la cordillera empezaba a desaparecer mientras yo regresaba y los pensamientos no podían evadirse de aquellos dos pisos de oficina en donde pasaba la mayor parte de mi vida.

Había hecho cierta amistad con una abogada joven que asesoraba al gerente. A menudo salíamos juntas a almorzar. Me agradaba su frío y pálido rostro con un curioso dejo infantil. Conversaba de sus asuntos con soltura, como si me conociera de años. Todos ellos giraban en torno a su trabajo. El hogar, los hijos que tendría —casada con un colega—, incluso las calorías que ingería.

Mientras hablaba, yo me remontaba a miles de años atrás. La tierra germinaba trigo y manaba agua, el hombre se satisfacía de ella espontáneamente y no moría de hambre; allí estaba la

inmensa superficie generosa tendida al sol como un banquete. No existían oficinas todavía.

Mi amiga hablaba:

—Debe ser terrible amanecer sin tener algo que realizar. En las vacaciones, por ejemplo, las primeras semanas me resultan agradables, pero después debo buscar cualquier cosa que hacer o termino por desesperarme.

Yo seguía muda, hablando por dentro: “La imposibilidad de poder mirarse hacia el interior, para empezar desde allí”.

No sabía qué contestarle y movía la cabeza suspirando:

—Si yo pudiese, no trabajaría aquí.

Se quedaba un poco sorprendida.

—No comprendo a un ser humano dándose vueltas inactivo en un mundo en que falta tanto por crear.

—Nada que crear, sólo componer, todo está dado. Cuando miro a gente como tú, pienso en eso de soñar a ser Dios, elevar el vuelo a lo que puede hacerse para dejar de ver-lo que no se puede hacer. Te morirás lo mismo.

Nos quedábamos conversando por las tardes después de las seis: dos minutos pasada esa hora, los pisos se vaciaban al exterior en una huida por los ascensores o la escalera. Me llevaba en su automóvil a casa; sobre el asiento divisaba papeles que no había alcanzado a revisar; la imagina-

ba en su hogar metida en ellos, justificando su vida.

La tranquilidad que yo disfrutaba ahora era un bien adquirido con bastante esfuerzo. Hacía un par de meses, aconsejada por mi nueva amiga, exigí a Gastón una cierta cantidad mensual como ayuda para mantener el niño, previa advertencia de que cualquier negativa me llevaría a los tribunales. Accedió de malas, pésimas ganas; cuidaba su dinero, que lo hacía atractivo y generoso por otros lados más gananciosos para él. Yo, entretanto, tanteaba terreno para meter la cuña y conseguir la nulidad.

Gastón comenzó a llegar a mi casa con mayor soltura, armado, a veces, de alguna botella de licor para pasar un rato charlando. Daba a entender que tenía éxito con las mujeres; esto alimentaba mis esperanzas y me hacía sonreír; en el fondo de todas estas escaramuzas estaba latente su deseo de una reconciliación que era imposible; pero a más palabras, más posibilidades: estimulaba sus confesiones

Una noche comentó espontáneamente:

—Yo no soy para vivir solo.

Fue el principio; lo demás llegó poco a poco. Presenté la nulidad y no tuve rechazo.

Marta pasaba a buscarme muy seguido a mi escritorio, para llevarme a comer a su casa. Arre-

glaba los últimos papeles y decía adiós a mi jefe. Ella me observaba atentamente; comentaba:

—Eres una respetable mujer; trabajas, sostienes tu hogar.

—¡Dios! ¡Qué otra cosa me queda!

—¿Te gusta lo que haces?

—Nadie acá me lo ha preguntado. Lo recibí con una orden desde arriba y eliminaron así toda posibilidad de elección verdadera. No podré, como Nicolás, evitar las úlceras.

Cambiaba el tema y se refería a distintos asuntos. Pero su pregunta quedaba metida en mí como un cuchillo: “¿Te gusta lo que haces?”

Recordaba a un tío, hermano de mi madre, dibujante desde que aprendió a sostener el lápiz y que se negó a hacer otra cosa de su vida. Formó escuela; frente al caballete o al papel perdía la noción del tiempo. Muy joven aún enfermó gravemente; se sentaba entonces frente a la ventana y dibujaba escenas callejeras; siempre había una niñita o un obrero posando en su estudio. Avisaron a mi madre cuando ya no pudo manejar sus manos; ella quiso llevarlo a un pensionado y él se negó terminantemente:

—He pintado al pueblo; con él quiero morir. (Siquiera)

Se extinguió una tarde en la sala común de un hospital. Mamá volvió a casa con los ojos enro-

jecidos y puso sobre el escritorio trozos de carbón, lo único que se encontró en sus bolsillos.

Jamás se refirió a sus dibujos como a un trabajo y lo había estado realizando hasta el fin. En él no se cumplió la maldición bíblica.

(“¿Llegará el día en que cada uno se realice en lo que le dé de comer? Humanizar el trabajo, liberándolo así de ser obligación, convirtiéndolo en posibilidad; dejar de ser reo en trabajos forzados.”)

Recorría las oficinas y observaba a los muchachos inclinados en sus escritorios, totalmente sometidos. La canalización de sus vidas era tan definitiva, que apartarlos de la obediencia y la obligación sería dejarlos botados. Se movían dentro del terrible molde que ha conformado sus cerebros.

Sonaba el teléfono y la voz de mi amiga hablaba desde su anexo en la sección jurídica:

—Estoy muy cansada, ¿vámonos a las seis?

Pasaba temporadas en que no salía antes de las ocho. Para que no se enredara en la tela que estaba al acecho, iba hasta su oficina a buscarla. La notaba más pálida que de costumbre, casi desaparecido el encantador rastro infantil. Le cogía el brazo con cariño:

—¡Cuesta sostener el mundo!

Tomaba la cartera para arreglarse un poco. Sentada enfrente suyo, la veía ordenar en peque-

ños montones reglamentos de leyes, memorándum, informes. No podía evitar reírme:

—Eso me recuerda ciertas páginas de un escritor que al referirse al trabajo de nuestro grupo humano lo comparaba al de una fábrica de ladrillos de forma y calidad tan superiores que resultaban casi imposibles de romper; pero situada frente a esa fábrica había otra, que componía los magníficos taladros que perforarían tales ladrillos.

Terminaba de ordenar y apoyaba la frente en las manos:

—No se puede criticar y negar todo.

Me acercaba y cogía uno de los reglamentos del montón de leyes:

—¡Cuidado, ya se empezó a dudar!

Yo también, muchas veces, me sentía agotada. Le preguntaba maliciosamente:

—¿No crees que podrían reemplazarnos?

No contestaba, pero el temor se asomaba a sus ojos. Y así aprendí a conocer, sumado a todo, un miedo más apremiante que el horario, miedo que Nicolás llamaba la “médula espinal de nuestra sociedad”. Lo veía claro en el rostro de mis compañeros: temblaban pensando que podría cerrarse la puerta de sus empleos y quedar a la intemperie.

¿A dónde irían? ¿Quién los respetaría?

No conocía a muchos de ellos y los desco-

noí más con el tiempo. Me preguntaba cómo se comportarían aislados del resto, porque cuidarse la espalda uno del otro era la regla más necesaria e importante.

Los domingos permanecía en cama hasta muy tarde. Sebastián jugaba en el patio; me sentía confortable en casa y no se lo debía a nadie. ¿A nadie?

Un día cualquiera recibí una llamada de mi abogado pidiéndome que pasara por su estudio. Se levantó a recibirme y darme los parabienes y comprendí de inmediato que era libre de nuevo. Quedé un poco aturdida. Al volver a casa, siguiendo la vieja costumbre, me bajé del bus varias cuadras antes de mi paradero y caminé a pie.

Resultaba curioso ser soltera a los ocho años de haberse casado. Tanta pompa inicial, tantos temores, luchas y . . . aquí no ha pasado nada.

Pensé llamar por teléfono a mi ex marido y convidarlo a celebrar el acontecimiento. Nos despidieron con una comida de nuestra vida de solteros, podíamos ahora despedirnos con otra de nuestra vida de casados. Incluso invitar a la dama de sus preferencias. ¡El Amor ha muerto, viva el Amor!

Pero comí sola. Puse la mesa cerca de la ventana abierta; por ella entraba el olor a lilas de un pequeño árbol afirmado al muro de mi departamento.

Un grillo daba voces. Después del café necesitaba beber algo; pedí a la empleada un vaso de aguardiente y me sumergí en la contemplación de esa noche clara de septiembre. Estuve mucho rato afirmada a la reja.

XVI

LOS VIERNES eran los días más agradables de la semana. Hacía un par de meses que no trabajábamos los sábados y esas noches me metía a la cama con la maravillosa perspectiva de carecer de obligaciones por más de cuarenta y ocho horas. Una de ellas, Marta pasó a buscarme para que asistiera a una pequeña comida en su casa. Esta vez tendría como novedad a un joven médico recién llegado de Francia.

Esperamos a los invitados en la terraza que da al jardín, sentadas en cómodas sillas de mimbre. Apareció de los primeros, muy puntual. Nos resultó fácil iniciar con él una conversación —hermosos dientes blancos, abiertos fácilmente a la sonrisa en un rostro muy moreno, lleno de intensidad—. Marta tuvo que recibir a otra gente, nos quedamos solos. Hablando de psiquiatría, le conté que fui devota del psicoanálisis; resultó conocer a mi confesor.

—¿Y por qué no siguió?

—Difícil pregunta; miedo, tal vez.

Me reí para repetir:

—Miedo, tal vez.

Me observaba curiosamente colgado de mis ojos; aunque yo tenía la certidumbre de que no sabría ni siquiera qué color tenían, parecía absorto en mí, conversando. Interrumpí una frase para despegar su mirada, corté aquella atención agitando mi mano frente a su rostro:

—¡Basta!

Dejó caer la cabeza hacia atrás murmurando:

—En nadie he visto más tristeza.

Hacíamos un aparte notorio. A Marta, que nos observaba entre maliciosa y molesta —había acaparado su número—, expliqué la falta al recibir un vaso de coñac, diciendo:

—Es muy interesante.

Lo vi llamar por teléfono al volver a mi sitio. El resto de los invitados conversaban entre sí, animadamente. Corrí el asiento a un extremo de la terraza y me olvidé del médico. Descansaba.

(“Mañana invitaré a Sebastián a trepar el cerro, desde allí miraremos la ciudad, el aire está transparente en esta época.”)

El banco de madera y fierro parecía desolado. Pintado de blanco, le hacía el juego a la sombra. Blanco y negro.

Seguí pensando: “Hace unos años tenía vein-

te; dentro de poco, treinta, y así iré perdiendo mi hermosa juventud. ¡Hermosa juventud!”

—¿De qué se sonríe usted?

De nuevo estaba frente a frente, interrogante.

—Siempre de mí misma, no se preocupe.

Puso las manos en ambos brazos del sillón en que yo estaba sentada y se inclinó con un gesto infantil:

—Comprendo, ya me había olvidado.

Estuve un rato entre el fuerte cerco de músculo y género de su cuerpo, después toqué con los nudillos sobre su pecho como en una puerta:

—Paso.

Insistió en acompañarme a casa. Quiso coger un taxi y se lo impedi.

—Tengo el hábito de caminar; además, no estamos lejos.

Al doblar la esquina para tomar mi calle, conocía de él lo elemental, contado simplemente, entre largos silencios: treinta años, soltero, apasionado de su carrera, becado en Francia por dos años.

Llegábamos al familiar edificio de colores vivos suavizados por la noche.

—¿Y cómo ha sido el regreso, muchas nostalgias?

Miró encima de mi hombro el cerro:

—Nosotros nos paramos mejor en tierra americana.

Esperó que yo entrara, hizo un gesto de adiós con la mano y desapareció. Oí un momento el ruido de sus pasos por la calle.

* * *

... Y aquí estoy. El espacio de tiempo que transcurre desde que vuelvo de la oficina hasta que comemos con mi hijo lo pasamos, ahora en invierno, frente al fuego. La campanilla del teléfono me recuerda que Carlos está presente. Sebastián corre a contestar y me dice, con cierta molestia, que me esperan. Al otro lado, Carlos insiste con angustia:

—Quiero verte en seguida, aquí en mi casa.

Es siempre urgente. Tiene un miedo terrible de que yo pueda negarme. ¿Por qué iba a hacerlo? Desde que lo conocí, esa noche en casa de Marta, siento mi juventud vitalizada. Soy libre para tomar lo que me agrada. No iré y le pediré que venga. No es lo mismo, acá no disponemos de esa libertad que él está deseando, pero se sentará en el suelo, a mi lado, y pondrá su cabeza sobre mi pecho. Volverá a rogar que me case con él y yo volveré a postergar mi contestación. ¿Hasta cuándo? No lo sé. Miro hacia adelante y comprendo que falta mucho que romper, porque falta mucho

pasado que abrir. Es fácil conversar con Carlos; sabe escuchar y no necesitamos tomar nada de fuera para sentirnos cómodos dentro. Las circunstancias tampoco le han sido placenteras, como a nadie en esta época. Ambos hemos vivido, lo que equivale a decir, hemos padecido. Pero no ha fracasado, no ha conocido ni oído, como yo, el estrépito de la represa que se rompe ni la lucha por sostenerse después, braceando en la corriente para sobrevivir.

A nadie ha hecho demasiado daño. Todavía podría asombrarse de que lo culparan de algo, podría devolver la culpa como algo que le es extraño, que no le pertenece.

Un par de meses atrás, Gastón apareció a verme, enfurecido de que yo hubiera recurrido a un tribunal para recordarle que las obligaciones de dinero con su hijo no terminaron el día en que salimos de su casa, y gritarme que yo era culpable de todo lo que le sucedía, culpable de haber perdido su alma, culpable de que la vida no tuviera ninguna esperanza, ningún camino.

Vi claramente que estaba quebrado, la terrible suerte de los débiles. Pero continuó lamentándose y yo continué escuchándolo hasta el final, sin alterarme, con un poco de asco.

—Concedido, soy culpable. ¿Te hace eso más feliz?

Pasó la crisis y tuvo que someterse. Nuestras relaciones volvieron a ser normales.

Desde entonces, la cantidad que recibo de su parte, aunque pequeña, sumada a mi sueldo, nos permite subsistir.

Pasados esos momentos que quedan latentes después de sus visitas, me he preguntado muchas veces si lo nuestro tenía fatalmente que fracasar, como consecuencia de construir sobre este derrumbe diario, sobre estos cimientos deshechos. ¿Cuántos de los matrimonios que he conocido son felices, de acuerdo a la idea "matrimonio"? La ley afirma ahora que hace ocho años lo que se realizó entre él y yo fue un contrato sin validez. nulo: por lo tanto, cualquier matrimonio futuro sería el primero para nosotros, y lo creo en la medida en que esta vez tendría libertad y conciencia para efectuarlo. ¡Libertad!

Pongo más leños al fuego y pienso que soy como un recluso que hizo saltar la cerradura de su calabozo y a quien, después de ciertas escaramuzas, le está permitido pasearse por la enorme cárcel, conversar con los presos en sus celdas y luego sentarse a esperar frente a la puerta. Porque es allí fuera donde está la libertad...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

